



LA ÚLTIMA HORA

I CONCURSO DE CUENTO “LIBRE LIBRO”
2018



UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Rector, Ramiro Noriega
Director de la Escuela de Literatura, Raúl Vallejo

La última hora
I Concurso de cuento "Libre Libro" 2018

HIPOPÓTAMO. EDICIÓN & CREACIÓN

D.R. © Universidad de las Artes
D.R. © De los autores

Edición y diagramación:

Sofía Bernal
Pedro Bonfim
Diego Cevallos
Doménica Concha
Diego Encalada
Melissa Uzhca

Coordinación: María Paulina Briones, María Mercedes Salgado

ISBN 978-9942-977-14-4
Universidad de las Artes
Malecón Simón Bolívar y Aguirre
Guayaquil, Ecuador (090313)
Teléfono (+593) 42590700
editorial@uartes.edu.ec
www.uartes.edu.ec
librelibro@uartes.edu.ec

Índice

07

Las últimas flores

Jefferson Meza

17

La palabra olvido

Jennifer Zambrano

31

Bolero en todas las aceras

Diego Salazar Vieira

41

Siete océanos

Néstor Efraín Ramón

51

Paradoja

Amir Llopis Zuñiga

61

Noche santa

Ámbar Chica Apolo

73

Ensayo sobre los dobles

Cristian Alvarado Montalvo

85

Bitácora de un sueño

María Isabel Burbano Muñoz

91

Jinetes en la tormenta

Christian Chalen Jurado

Las últimas flores

Jefferson Meza Bernal

Desde niña he deseado convertirme en viuda. Soñaba con vestirme de negro y sentir el dolor que solo la pérdida de un ser querido puede causar. Apreciar la imposibilidad de expresar otro sentimiento que no sea la tristeza y ahogar las palabras que buscan auxilio. Añorar la ausencia del amado y repudiar la hipocresía de los vivos. Buscar en la oscuridad de la noche sus ojos y encontrarme con los recuerdos en donde roza el calor de la muerte.

Este deseo nació en mí cuando vi morir al esposo de mi abuela. Recuerdo que él estaba arreglando las goteras en el tejado, cuando lo vi tropezar y caer los tres pisos que lo llevaron directo al infierno. El día del funeral su cuerpo era irreconocible. Por estupor, pocos se acercaban a observarlo y despedirse. Otros lo hacían por el morbo, con la intención de ver la muerte lo más cerca posible. Mientras tanto, yo miraba con curiosidad a mi abuela, tratando de sentir su dolor. Se veía desgastada, parecía rodeada por un sentimiento confuso de querer estar sola y a la vez acompañada de sus familiares más cercanos. Estaba sentada frente al ataúd con la mirada en aquella caja llena de su pasado. Por instantes divagaba, como si escuchara los pasos y la voz de un ser al que se espera. Volteó a verme porque sintió cómo la

contemplaba a lo lejos. No bajé la mirada, le ofrecí una sonrisa penosa y ella intentó devolverme una sonrisa que no logró ser. Desde el fondo de sí misma parecía gritar: *Ayúdame a no pedir ayuda.*

Parece deprimente, lo sé. Pero como dije, mi más grande sueño era sentir a la muerte de cerca. No tocarla, sino sentirla. Cuando era pequeña, con una mirada inocente percibí en aquella ceremonia un circo, uno totalmente diferente al circo tradicional. En lugar de los colores fuertes, predominó solo uno. El tinte negro se encontraba por todas partes, una armonía acorde al dolor. Recuerdo que aquel día los amigos y familiares del homenajeado dieron inicio al show cuando postraron el féretro en frente de los asistentes. Imaginaba que al fondo se escuchaba un: “¡Damas y caballeros, la función está por empezar!”. Los asistentes parecían estar disfrazados de payasos tristes que observaban con incomodidad y sin expresión cada vez que alguien se aproximaba al féretro. Ojos por aquí y por allá, buscaban risas escondidas entre el llanto. Los acróbatas evitaron las miradas directas, trataban de perderlas entre conversaciones absurdas. No lo lograron, parecía que ni siquiera lo intentaban. Noté su sentimiento de pena por aquellos que sufren, pero luego tan solo volteaban sus miradas y olvidaban. El clímax de la obra llegó con la entrada de la viuda. Todos observaron con delicadeza y firme atención su acto de derrota frente al féretro. Tan cerca de su amado como era posible. Cuando los gritos brotaron de lo más íntimo de su ser, el público disfrazó los aplausos y sorpresa con lágrimas y empatía. Se abrazaron agradecidos porque el show les recordaba que todavía eran humanos. Este acto me pareció perturbador y excitante a la vez. El sentimiento era tan fuerte que incluso lloré de alegría.

Mi madre solía regalarme vestidos blancos porque decía que combinaba con mi piel. Yo los aceptaba con gracia porque sabía que no seguirían teniendo ese color. Tomaba el betún de zapatos de mi padre, teñía el vestido hasta oscurecerlo y me disfrazaba de viuda. Tomaba la foto de un hombre de cualquier revista y la ponía en un marco junto con una vela. Me acostaba en mi cama y lloraba durante horas por mi supuesta pérdida.

Soñaba con mi viudez constantemente, tenía que ser perfecta. No podía casarme con cualquier hombre. No podía ser viejo ni tener alguna enfermedad terminal. Tampoco podía matarlo solo por cumplir mi deseo, tenía que suceder con naturalidad. El sentimiento de la pérdida debía ser real. Tenía que amarlo, consumir nuestra relación, formar una familia y luego, esperar a que la muerte tocara nuestra puerta para llevárselo.

En una ocasión, mi madre me vio llorar en mi cuarto y me preguntó por qué lo hacía. Le dije que jugaba a ser viuda como la abuela. Ella rió desconcertada; no sabía si estaba bien o mal ni entendía cómo llegué a jugar de ese modo. Solo me dijo que mi abuela no estaba jugando. Yo le respondí que lo sabía, me miró con recelo y, antes de salir del cuarto, me pidió que no lo vuelva a hacer. No entendí qué era lo que hacía mal, pero sentí que a ella no le gustó. Desde ese instante, inventaba una mentira cada vez que me veía llorar. Cualquier cosa: que me pegaban en la escuela, que había sufrido una caída o que mi padre no me compraba lo que yo quería. Mis tíos, primos y amigos siempre creyeron que lloraba por capricho. No me importaba. Yo lloraba de felicidad por la muerte.

Pasé mi adolescencia y adultez reprimiendo ese deseo, hasta que conocí a Fernando. Un hombre alto y de contextura gruesa, atleta y con un historial médico exento de enfermedades. Era perfecto por ser bombero, conveniente labor que juega con la muerte. Salimos por dos años y luego nos casamos. Fue una boda sencilla, sin lujos y en una iglesia pequeña. Una vez me preguntó por qué no hicimos una boda a lo grande. Siempre creyó que ese era mi sueño. Una boda inolvidable. Le dije que no era una mujer de lujos, que mi sueño era lo que venía después de la boda. Me sonrió con felicidad y me tomó de la mano como diciendo: “Me casé con la mujer indicada”. Tuvimos dos hijos, Carlos y Andrea. Estuvimos casados cerca de veinte años, hasta que finalmente murió.

Cuando me enteré de la noticia, supe que había llegado mi momento. Murió como me lo esperaba: calcinado en un edificio al tratar de apagar el fuego y salvar a una familia. No pudo salir, así que no quedó rastro de quien alguna vez fue. Una muerte cuasi perfecta, como héroe, pero sin cuerpo. Por un instante lo odié por dejar de ser, por convertirse en polvo tan pronto. Me había fallado en mi momento más esperado. Luego reaccioné; no podía odiarlo. Cumplió su rol de esposo hasta la muerte. Él fue lo que llaman un marido perfecto, dedicado a hacerme feliz. Y lo hizo.

Días antes de su muerte, me vio usar mi vestido negro y se sorprendió un poco. A manera de broma me preguntó quién había muerto y yo le respondí: “espero no haber muerto yo”, y esboqué una falsa sonrisa. Me abrazó, me levantó suavemente la cara y me miró. Creo que lo supo, o eso quiero creer. No

pude hablar con mi voz, sino con mis ojos. Estremeciéndose suavemente, se acercó y me besó.

Tomé su muerte como un acto de amor. Murió en su oficio y así le dio un toque especial a su funeral. Un héroe que dio su vida y alma por la de los demás. El día en que murió su jefe vino a nuestra casa a darme la noticia. Me tomó tan de sorpresa, que lloré. Murmuré: “¡Al fin!”. Él se extrañó. Apresurada, le dije que me dejara sola y él respondió que no me preocupara, que el Cuerpo de Bomberos se encargaría del funeral. Le agradecí y se marchó; corrí a mi cuarto y preparé mi vestido para la noche, me vestí acorde al momento y me acosté con el traje puesto. No logré dormir de tanta satisfacción. Esperé con los ojos abiertos y con una gran sonrisa a que llegase la hora.

Me sentía lista. Entré a la recepción con la cabeza cabizbaja, envuelta en lágrimas y tomada de las manos de mis hijos. El lugar era grande, adecuado para el momento. En la entrada había una alfombra roja que conducía directo a la pequeña urna rodeada por una docena de flores. En ella se podía leer: *Ejemplo de padre, esposo, amigo y héroe*. A los costados del salón recorría una variedad de sillas en donde cada fila estaba acomodada con pequeñas flores blancas y negras. Mis hijos y yo caminábamos a paso lento, a la vista de todos; éramos el centro de atención. Nadie se aproximó; esperaban que nos acercáramos hacia los restos del difunto. No fue un circo como el que imaginé desde pequeña. Fue mucho mejor. En esta ocasión, se parecía más al ritual de una boda. Una boda triste. Mis pequeños acompañantes y yo nos acercábamos hacia él a paso lento por la alfombra para cumplir con nuestro juramento de amor. Hasta que la muerte nos separe.

Cuando estuvimos cerca de Fernando lloramos desmedidamente. Carlos me abrazó con fuerza buscando refugio, mientras Andrea sacaba de su bolsillo una foto de su padre y la ponía frente a la urna, para tener una imagen de quien despedirse. Rompió en llanto, la tomé de su mano y abracé a mis dos hijos. Traté de consolarlos. Observé cómo el público nos veía, con ternura y dolor.

Nunca había estado tan feliz. Por un instante me sentí como la reina de todas las viudas. No sé si existe tal cosa, pero así me sentía. En el lugar se percibía el derramamiento de lágrimas y la abundancia de flores. Tantas que parecía la preparación de otro velorio: uno para todos los presentes, enterrados entre flores y lágrimas secas.

Guardo gratos recuerdos de aquel día, fue un hermoso funeral. Disfruté llenarme de dolor y felicidad. Borré cualquier otro sentimiento que no fuese una de estas sensaciones encontradas, perdidas y confundidas entre sí. Desde entonces, todas las mañanas me acerco con devoción a la chimenea en donde se encuentra sus restos para recordarlo con gran tristeza y derramo mis lágrimas con fuerza para que me conduzcan a la felicidad. Logré cumplir con donde mi felicidad se encontraría en la muerte.

Ahora que lo hice ¿qué sigue? Ha pasado mucho tiempo. Poco a poco, han dejado hablar de mí y de mis hijos. Aquellos que alguna vez me prometieron ayuda, ni han aparecido. Algunos creen que la amargura se va junto con el difunto; pero no es así. He aprendido a sobrellevar su muerte, pero no a superarla. Quiero decir, lo extraño, pero su imagen se desvanece y me

siento feliz porque conseguí lo que siempre he querido. Sé que he repetido constantemente mi deseo cumplido, pero ya no me basta. Hace poco ha dejado de importarme. Antes, como si fuera un ritual, me levantaba de mi cama hacia su urna para llorarlo. Para empezar bien el día. Ahora, ya ni me acerco. Su urna se ha convertido en otro objeto de decoración del hogar. Mi tristeza desaparece. Mi alegría se quiebra.

Constantemente encuentro a mis hijos llorando por su padre y yo me alimento de su dolor. Sigo con vida por ellos, por su dolor. En ocasiones los observo llegar con flores y colocarlas cerca de sus restos. Trato de tranquilizarlos y lloro junto a ellos con una sonrisa engañosa. Mis hijos lo extrañan. Yo también lo extraño. Me refiero a que extraño sentir dolor por él. Me miran como si no afrontara la muerte de Fernando de la misma manera en que ellos lo hacen. Crecen dudas sobre mi superación y mi amor. En una ocasión Andrea me preguntó si aún lo amo, si lo extraño, si podría olvidarlo. No supe que responder, alargué el silencio hasta decirle que sí, que no había día que no pensara en él. ¡Qué tonta respuesta! Pensé ¿Me habrá creído? ¿Creerá que yo lo maté? ¿Acaso no verán su muerte como un acto de amor como yo lo hice?

En pocos días se cumplirá un año desde su partida y mi tristeza se encuentra deseosa. Una vez más vendrán todos a recordarlo, a extrañarlo y darme su apoyo. Mis hijos llorarán y se darán cuenta que ya no sufro, ni me encierro en mí misma. Ellos ya no me ven como su madre, mucho menos como viuda.

Creo que es el momento de tomar decisiones: satisfacerme de su pérdida que ya no es mía o tomar la mejor alternativa y

alimentar a mi tristeza que pide a gritos una felicidad disfrazada.
Ha llegado la hora de averiguar quién está más cerca de la
muerte: ¿mis hijos o yo?

La palabra olvido

Jennifer Zambrano

“¡Fuerza, chabón!”

“Cómo pueden decir q es asesino. Vamos, te re banco”

“Yo no creo en absoluto que el flaco este sea un asesino. eso fue un accidente, hay que ver también ella si no se había pasado de revoluciones con las cosas que dijo...”

“No justifico, pero esta es una realidad que vi y viví un par de veces y hay mujeres que se van a la mierda con los celos y te levantan el mano mal te meten con lo que sea porque saben que no podemos defendernos y esas cosas llevan a más violencia y así pueden ocurrir este tipo de desgracias”

“Fuerza!! TODOS SABEMOS QUE SOS INOCENTE, SEGUI ADELANTE!”

“La mina padecía de trastorno límite de la personalidad (borderline). Para los que critican tanto al chabón está bien, se fue de mambo, pero no tienen idea del infierno que es estar con una persona borderline se inventa cosas, celos, se ponen malos agresivos, es el mismísimo infierno”

“Mi hiciste llorar, sos un grande, Sos inocente”

Comentarios sacados de YouTube, de la entrevista a un hombre que prendió fuego a su esposa

I

He olvidado, casi por completo, cómo sucedió todo

No recuerdo los rostros de la familia, ni el de los compañeros de clase, mucho menos el de mi madre al colgar el teléfono en silencio mientras yo me dejaba caer sobre el sofá, y en la tele contaban que ya era un año del caso que había estremecido a todo el país: A María Luisa, decía el periodista, motivado por los celos, el novio le había sacado los ojos porque sentía que estaba mirando a otros a sus espaldas

Cuando intento recordar ese momento, es la voz de mi madre lo único que aparece en mi cabeza. Recuerdo sus palabras, cada una de ellas, y me pregunto qué tiene el lenguaje que se adhiere tanto a mi memoria mientras me obliga a borrar el rostro de la Vane, que observé por tantos años, que podía reconocer entre otros rostros y que ahora parece diluirse en ellos, en la oscuridad total de esa incertidumbre contra la que no se puede hacer nada. Y, sin embargo, cada vez que cierro los ojos evoco la escena, la cara que tuvo mi madre al contármelo, pero, sobre todo, la que yo puse al enterarme

Má, ¿qué pasa?, le dije. Ella no respondió, había quedado muda, perdida en el intento de atrapar las palabras adecuadas para decirlo en voz alta

Pero nunca han existido tales palabras. Nunca el lenguaje ha sido más insuficiente como en este momento. Reviso los recortes de periódico que inundan mi escritorio, titulares absurdos, detalles innecesarios acerca de estos actos, leo tantas palabras que mienten, que duelen, que me aterran y pienso en estas mujeres, en todas las veces que las palabras las fueron matando, poco a poco, hiriéndolas profundamente hasta que luego esas mismas palabras se transformaron y ya no fueron solo eso sino que cobraron forma humana, y la palabra volviéndose carne les dio el último golpe, el definitivo, el que hacía falta para que al caer al suelo ya no pudieran levantarse y el concreto fuera tragando su cuerpo a medida que una marea roja se regaba por él. Reviso los párrafos con que inicié la primera página y repito en voz alta: “A María Luisa, decía el periodista, motivado por los celos, el novio le había sacado los ojos porque sentía que estaba mirando a otros a sus espaldas”. Las mismas palabras de los periódicos, de las noticias, que suenan como si hubiese sido una broma lo que ocurrió, un mal entendido. No lo es, pero estas palabras ya están estampadas no solo en el papel, sino en quien las ha leído

Maaaa. Maaaaaaaaa, seguramente grité. Imagino que bajó la mirada, casi como si fuese a llorar, pero antes de que yo reaccionara, ella ya había levantado sus ojos para enfrentarme. Por el peso de la noticia asumo que tragó saliva antes de hablar o que le sudaron las manos.

¿Que qué? Ya dime.

Susurró de forma tan baja e insegura que yo esperaba que se retractara. A pesar de que la noticia parecía imposible, ilógica y en mi cabeza asomaban todo tipo de dudas, de teorías que parecían volver falsa la historia que me acababa de contar, jamás retiró sus palabras.

II

En el cole no se hablaban de esas cosas.

La Vane prefería las películas de fantasmas, las revistas que venían con posters de Robert Pattinson y con el horóscopo del día, que cuando era negativo ponía mal a la Vane por el resto de las clases, pero, lo que más le gustaba era ir al shopping, a la piscina o a la tienda de los chinos donde se conseguían las pulseritas a la moda que todas las niñas llevaban. Los recreos eran eso. Solo a veces nuestras conversaciones se interrumpían por algún chisme que Marquitos apenas se inventaba venía a contarnos y que siempre eran sobre Marta o la Chiqui, como le decíamos a Luisa porque era la más alta y la más desarrollada del curso. Después le seguía Marta y luego la Vane. Eso lo sabíamos porque un día atrapamos a los niños mientras hacían una tabla con todos los nombres de las chicas a las que se les notaban más las tetitas.

Marquito nos contaba sus inventos para que los divulgáramos por todo el cole. Yo le decía que no las primeras tres veces antes de verme susurrándolo a todas las orejas que se interesaban hasta que me quedaba sin voz. El día en que me cansé de las órdenes que Marquitos me daba, empecé a decir que le gustaban los

niños como él y lo regué por todas partes. A Marquitos tuvieron que cambiarlo de colegio porque los otros niños lo molestaban demasiado. Cuando la Vane se enteró de que yo había iniciado ese chisme, en lugar de reclamarme, empezó a hablar frente a los compañeros, por dos semanas enteritas, para tratar de limpiar el nombre de Marquitos, al principio diciendo que no era eso, que bien que le gustaban las mujercitas, y luego más calmada, quizá dándose cuenta de que a lo mejor no era mentira, asegurando de que, si así fuera, no tendría nada de malo que le gustaran otros chicos. En lugar de cargársele a la Vane, los compañeros decidieron olvidarse de lo ocurrido, perdonándola porque ya se acercaba su cumple y querían ser invitados a la reunión. Y la Vane feliz de que de que se acordaran de que ese fin de semana sería la fiesta.

¿Sí ves cómo sí se puede?, dijo, y esa fue la primera frase de reconciliación que me ofreció. La siguiente fue algo sobre la invitación a Eduardo. La Vane se puso nerviosa, muy risueña pero nerviosísima al decirle, según ella porque era más grande, de bachillerato, y le asustaba que parecía conocer más el mundo que ella. Pero a Eduardo no parecía incomodarle nada respecto a la Vane. El sábado llegó en compañía de sus amigos, todos mayores, que con desesperación examinaban el lugar. Uno de ellos fue tras Marta y el otro dio vueltas sin decidirse a nada. Al poco tiempo la Vane y Eduardo desaparecieron entre el tumulto de gente que bailaba con las ropas pegadas al cuerpo por el sudor. No intenté buscarlos hasta que la mamá de la Vane me preguntó por ella, pero antes de que preguntara de nuevo los dos bajaban por las escaleras, sonriendo, para bailar también.

Las palabras no me dicen nada. Para escribir esto las voy soltando, sin pensar mucho, sin caer en cuenta de qué es lo que estoy diciendo, o siquiera lo que quiero decir, antes de llegar al punto final en el que me permito retroceder. Eso son las palabras, un retroceso eterno, una búsqueda de sentido en el hecho —¿en lo dicho?—. Así se habrá sentido la Vane al lado de Eduardo, en su cumpleaños, porque jamás los vi cruzar una palabra. Solo roces, carias que creían ser secretas, guiños, todo lo decían sus cuerpos y eran mucho más claros que sus voces que, de haber sido usadas, se habrían perdido en el torbellino que era la música a todo volumen, de la misma forma en que se perdían las voces de los otros, los que sí hablaban hasta el cansancio, gritando, mezclando sus respuestas con la letra de la canción que sonaba

Saliendo del baño a la hora en que ya habían bajado el volumen de la música porque ya tocaba comer el arroz con pollo, la salsa de tomate, la coca-cola, escuché cómo nuestros compañeros, reunidos bajo las escaleras, insultaban a Eduardo por haber copado la atención de la Vane.

Eso no es lo peor, decían, sino que de paso trae otro pelado que parece chicle con la Marta.

Me quedé escuchando hasta que se levantaron para marcharse. La Vane los despidió con un beso en la mejilla a cada uno, les dijo gracias por venir, amiguitos, a lo que ellos respondieron con su sonrisita embustera de dientes amarillos. Como la Vane estaba feliz, no pude decirle lo podridos que estaban esos y que no habían comprendido nada de nada, nunca nunca, y que la única razón por la que no le decían algo, por la que ignoraban sus arrebatos, tal como habían murmurado ellos, era por sus tetitas.

III

Revuelvo los papeles. Tengo decenas de hojas escritas. Mi investigación, que en realidad solo es una forma de mantenerme ocupada, un pasatiempo con el que voy llenando de nombres de las víctimas las horas, las madrugadas en que el insomnio me ayuda a pensar en el día en que por fin pueda escribir sobre esto, y voy tejiendo una larga lista con los posibles nombres de los personajes, otra con nombres de asesinos, con casos sumamente violentos y poco parecidos al de la Vane, y, sobre todo, estas hojas están atestadas de frases que escuché en entrevistas a estos hombres que, siempre igual, como un monólogo aprendido la noche antes, se declaran inocentes, no fue culpa que le hayan caído los baldes de gasolina, que se haya prendido un fosforo encima de ella, que se haya derrumbado sobre el cuchillo que ingenuamente él sostenía, que haya caído del balcón, un descuido, ¡qué barbaridad! De entre todos estos periódicos gastados, elijo el menos viejo, el que compré ayer a la noche. Leo: “Ramón Laso, el psicópata que mataba por amor” y me sostengo de las paredes para no dejarme vencer por el vértigo que me acompaña hace años, como si fuese la sombra del pasado que aún no suelto. Vuelvo a la escena en la que la Vane se despidió de un sonriente Eduardo, con su felicidad cristalina que lo hace ver más joven de lo que realmente es, y más bueno de lo que todos dicen. Los veo rozando sus brazos, sus mejillas, los ojos de Eduardo anhelando la juventud de la Vane, que, si no hubiese sido por la mamá, o por mí, en ese mismo momento se hubiese abierto el pecho, como flor fresca, para entregarle todo lo que él le hubiese pedido, tómame, toda tuya, Eduardo,

pero se conformaron con un beso dulce en los labios cuando la mamá de la Vane regresó a la cocina

En ese largo tiempo parece que solo cruzaron unas palabras segundos antes de que Eduardo atravesara la puerta en dirección a la calle:

Chao, Edu.

Chau.

Después, la visión de su espalda confundiendo con la oscuridad radiante de esa noche que la Vane disfrutaba contemplar

IV

Entonces, llegó el día. O la noche. Yo creo eso, que fue durante la noche porque son las horas más bellas para cometer los crímenes más horribles. La noche da cierta intimidad, cierto romanticismo cadente que ningún asesino que haya tenido la confianza para distinguirse así puede rechazar. Aunque no sabemos si realmente fue eso lo que pasó. Nunca hubo un asesino al que señalar, un arma encontrada en la escena, un cuerpo sangrante al cual llorar. Pero yo, que siempre creo en los espacios entre las palabras dichas, creo que sí, que hay todo esto, por eso aún continúo buscando, aunque sea aquí

No sé sabe bien dónde estuvo por última vez la Vane. La mamá dice que durmió en mi casa esa noche, yo digo que estuvo con Eduardo, pero él niega que estuviesen juntos hasta esas horas, solo en la tarde, cuando fueron por un heladito, de ahí nada, cada uno por su lado. Eso dijo. Pero es tanto lo que se ha dicho de la Vane. Cada día escuchábamos un rumor nuevo sobre su

desaparición que confundía nuestras propias palabras.

Nunca sabremos quién tiene la razón o quién está mintiendo porque lo único que tenemos es eso. Nuestra palabra. Nos faltan las certezas

Encuentro un nuevo titular: “Desamor asesino”, dice, y tengo tantas ganas de llorar, de abandonar esto, que no sirve. ¿Alguna vez habrán servido realmente las palabras? Me lo pregunto sin dejar de tipear tan rápido como mis dedos pueden moverse. Es que es así. La escritura a veces se me escapa y solo en ese momento siento que sirve para algo pasar las madrugadas frente a esta pantalla. Sirve de escape. Aunque no para mí, que nunca acabo por comprender las formas —siempre abstractas— que se crean en este lugar

Varios días después de que desapareciera la Vane, me llamó su mamá. Reconocí en su tono un llanto pasado que amenazaba con surgir de nuevo en cualquier instante. Luego, antes de colgar, quiso saber si la Vane tenía algún noviecito y, así, Eduardo, Edu, se convirtió en el principal sospechoso. Al menos por un par de meses porque al no hallar pruebas para inculparlo, quedó libre. La mamá de la Vane no necesitó pruebas. Para ella él se convirtió en el único culpable. Para todos los demás también. Incluso quienes lo apoyan dudan de él y se quedan analizándolo para ver si en su voz, en sus palabras, hay algo que pueda confirmar lo que piensan.

A mi me ocurre lo contrario que a estas personas, y dudo, sí, pero de la culpabilidad de Edu. Pero sé que no es una duda sana. Por eso la mantengo en secreto.

V

Los primeros meses de búsqueda fueron intensos. La Vane podría estar en cualquier parte, por eso la seguíamos llamando al celular y, en las noches, recorríamos los mismos lugares con la esperanza de que hubiésemos buscado mal el día anterior. Después, apareció el cansancio y poco a poco la gente dejó de ayudar. El grupo se redujo a cuatro personas que ya no buscaban a la Vane tal como la recordábamos, sino a una Vane fragmentada que podría ser aquel brazo que se halló en el río o el torso incinerado dejado en los botes de basura. Comenzamos a creer en monstruos y teníamos miedo de ir a la escuela o al parque. El shopping y la piscina tampoco eran opciones porque, cuando al fin nos armábamos de valor para dar un paso fuera de casa, recordábamos que estos lugares eran los que más le gustaban a la Vane y ya no podíamos disfrutarlos de la misma manera.

Así continuaron las cosas hasta el día en que la mamá de la Vane se despertó llorando luego de un sueño en el que se olvidaba del nombre de su hija. Mi mamá la calmó como pudo, pero el sueño se volvió real cuando más tarde nadie la acompañó en su búsqueda diaria. La Vane empezaba a volverse aire y solo su madre se aferraba a su recuerdo. Yo misma me sorprendía pensando en otras cosas, olvidándola poco a poco.

Al final la Vane se iba transformando en eso, en un nombre más.

VI

Hay un problema con las palabras. ¿Qué digo? ¿solo uno? Si lo que más tienen las palabras son problemas. Y son muchos, demasiados, los que se me cruzan por la cabeza mientras

escribo. Pero ignorar esas ideas es justamente mi papel. Debo proseguir con la historia que he decidido contar, aunque no sea esta. Existen espacios en blanco en esta historia, saltos, invenciones. Son mentiras estas líneas y así están bien porque, después de pensarlo mucho, la Vane no era como he dicho aquí. Era más ficción que lo que me permiten describir las palabras. La Vane no era esto porque ya no la recuerdo bien. Por eso empecé este texto, para sobrescribir una nueva Vane que resista el tiempo

La Vane que se convirtió en un titular de periódico acabó por convertirse en nada. Y Eduardo, Edu, siguió con su vida. La gente del pueblo siguió con su vida, pero la mamá de la Vane quedó sin respuestas.

Ahora doy un último vistazo a los recortes que he acumulado estos años. Tengo solo uno del caso de la Vane, que dice poco: “Desaparecida, recompensa por información, telf...”. Nunca más fue dicha la Vane hasta que empecé este texto que se supone está llegando a su final. Un final que no ofrece respuestas, que no ofrece nada. Y ya. Hay que acabar el texto, cerrar el libro para empezar de nuevo otra historia, la misma historia, en busca de una Vane diferente.

Bolero en todas las aceras

Diego Salazar

*Quando a gente conversa
Contando casos, besteiras
Tanta coisa em comum
Deixando escapar segredos*

Cazuza

Llueve, y Platzspitz era una fiesta. Llueve, y la vida era mejor. Llueve y, al este, varios países profundizan sus líneas imaginarias. Llueve, y las aceras se atiborran con mis babas. Llueve, y el sonido es sucedáneo a una mujer alejándose. O la música alejándose. No sé, pero es así.

Hace tres días llegamos. Hace cinco preparamos el viaje. Hace treinta vendíamos *brownies* en los parques para reunir un poco de dinero para este viaje. Hace dos años que cada vez que nos vemos me pregunta si iremos al río a botar papelitos o ver el sonido anularse sobre los puentes. Hace dos años que cada jueves me escribe y me pregunta si estoy bien, si no he consumido absolutamente nada, y que si sigo subiendo a lo más alto de los edificios para ver cómo la gente pasa y se disemina por los vasos de la ciudad.

Llueve, y estos tres días han sido una jarana. Tres días, de los que no hemos descubierto su marcha, su peso, su absurdo deber. Tres días con la gente más hermosa y perdida de Caracas.

Hacía mucho tiempo había conocido a Adrián en un concierto de Lil Zoo, acá en Cuenca. Aquel día descubrí *Abstract Summer* de Nu Jazz Project. Lil Zoo me lo hizo escuchar, dijo que esa melodía siempre irrumpía en su cabeza, aún sin conocerla. Antes de eso, se hizo una expo, un *Mortal Kombat* entre *b-boys*, una pequeña batalla de gallos y luego el concierto. Una amiga íntima de él me dijo que todo salió “burda de fino” y sonrió.

Desde ese día he mantenido una cierta correspondencia con Adrián, quien a veces me ha contado sobre la situación en “Violenzuela”, según el KN, o sobre cómo es la vida nocturna y los trips y las jevas.

Con Claudia hablamos sobre qué haríamos en Caracas. Qué pasaría con nosotros. Si acaso íbamos a dormir juntos, si habría nuevos lugares para los besos, si es normal escuchar acordes de todos los instrumentos cuando la espalda baja se ve abrumada por prácticas inquietas. Cómo las nubes ocultaban la cara de la luna; cómo las nubes se arqueaban sobre los alerones. O por qué tengo que leer a esa hora de la noche en las que todos dormían. O por qué tengo conocidos en Caracas. Habló, y habla tanto que me es difícil extrañarla. Una luz tenue crepitaba y me mostraba los diferentes rostros de Claudia. No existe soledad más hermosa que la de estar al lado de alguien que duerme.

Al arribar, Adrián sostenía un letrero que decía 4:20, junto a Ross, su compañera. Estaba más delgado que hace dos años. Y su novia era sencillamente encantadora: pelo lacio y corto, una voz sedante y un semblante envidiable. Teatrera. Él esperaba retomar sus estudios en Leyes, porque la U estaba pasando por unas pruebas; aparte, el sistema que regía la entidad se estaba reformando hasta nuevo aviso.

“Marico, ahora sí va a empezar el lacreo” dijo con un gran abrazo. Le pregunté si conocía algún hotel barato y “ni de coña, chamo, en mi casa.”. Le agradecemos y fuimos por un taxi.

El cielo estaba despejado. Miraba por la ventana esperando su caída, pero no sucedió. En ese momento, Adrián le indicaba al taxista por dónde entrar a la ciudadela. Vivía cerca del bulevar de Sabana Grande. “A veces me hacen problema porque bajo al estacionamiento a fumarme un cachito, pero como estoy siempre puntual en los pagos, no me botan, je, je.”.

Mientras nos acomodábamos, Claudia me preguntó cómo los había conocido y si confiaba en ellos. Le dije que sí, que no había ningún problema, que fue en un concierto y que intente ser amable de vez en cuando. Al rato hablaba fluidamente con Ross.

Esa tarde, fuimos a dar vueltas por el bulevar, a tomar un par de fotos. Mientras tanto Adrián nos hablaba sobre Damaris Ruiz, quien terminó como indigente después de ser candidata al Miss Venezuela en el 73. Había muerto días antes y su cuerpo continuaba “sin reconocerse” en la morgue. “Dicen que la mujer más hermosa del mundo es la venezolana, pero pura paja. De pana te digo que lo que hay acá es pura acomplejada de mierda y sin personalidad.”.

Ross fruncía el rostro después de oírle. Ja, ja, ja. Claudia no decía nada y mejor se detenía a ver cómo los parasoles inmensos devenían en flores antiguas. Esto era el bulevar. Esas eran las personas pasando de un lado a otro, de una vitrina a otra; cambiando de mesa, de lugar; entrando y saliendo; creyendo que hay vida por elegir.

“Más luego, o sino mañana, te parece chamo, ir a la meca de los hípsters, de los hippies, de la cultura: la plaza de los museos”. Me encantaba la fluctuación entre el modernismo y el corte colonial de la ciudad. Redondeada, siendo todos los puntos de la rosa de los vientos.

Estábamos cansados y decidimos volver a casa. Tomamos un taxi de regreso. Adrián me contaba que se ganaba la vida como buhonero, comerciando cualquier cosa. Decía, a su vez, que le daba mucha risa cómo la gente se enojaba porque él gana un poco más que un profesional: 2000 bolívares diarios. Y que está bien porque uno se mete a estudiar por aprender, mas no para hacer dinero.

Antes de entrar al condominio hablé con Claudia un momento, mientras la pareja se adelantaba.

– Esto no me gusta– dijo, cruzándose de brazos y mirando al techo.

– ¿No te gusta hablar ahora? – inquirí.

– No es eso, sabes a lo que me refiero.

– La verdad no lo sé – dije.

– ¡Ush! Contigo no se puede, Ezequiel.

– Tranquila, ¿qué? ¿preferirías regresar?

– No lo sé.

En ese preciso instante la abracé y le dije el nombre de drogas que jamás compraremos juntos. Ella reía suavemente. Me gusta el momento exacto cuando exhala antes de reír. Imagina esta

misma escena entre cada pintura de un museo, o al final del pasillo del último vagón de un tren. “Me encantaría”, fue lo último que dijo. En ese preciso instante, sus manos a la altura de mis omóplatos, su pecho prorrumplía una canción de Bon Iver, desde los auriculares.

– No creí que te descargarías esa canción.

– Yo tampoco.

– Escuchar a Bon Iver me provoca poner un revólver en mi boca y halar el gatillo, pero quedar vivo y tomarme una foto.

– Eres un tonto – dijo, mientras se soltaba.

–Te regalaría esa foto – respondí.

Mientras subíamos, algo de forma imprevista había comenzado. Las manos de Adrián invadían y levantaban los volantes del vestido de Ross, que dejaba entrever sus muslos tostados y un tatuaje de Bettie Page. En ese instante se separaron y él dijo que sólo estaba siendo precavido, que estaba revisando si Ross no llevaba consigo un arma. Subimos. Esa noche vimos *Leaving Las Vegas*. “¿Eres deseable? ¿Eres irresistible? Si bebieras conmigo Bourbon... Yo quería una vida así para mí”. Claudia apretó mi mano hasta ponerla caliente. “La vida que todos queremos, chamo”.

Cerca de las doce de la noche el teléfono sonaba, Adrián contestó la llamada y en un sobresalto pidió que no gritaran del otro lado, añadiendo, segundos después: “¡Coño! ¡Qué vaina más arreacha se siente! ¡Coño, coño, coño é la madre!”. Le pedí que se tranquilizara un poco y me agarró de la camiseta diciendo

“Mamagüevo, ¿cómo se supone que me tranquilice? Mi primo, mi hermano negro acaba de fallecer en un accidente.” Luego me soltó y dejó caer algunas lágrimas. Ross intentó abrazarlo, darle consuelo, pero fue imposible. Salió y volvió al día siguiente.

Hablamos poco con Ross. Ella no quería hablar, estaba preocupada. Pasamos encerrados en la habitación, nadie hacía nada. “Qué vaina chamo, la violencia estúpida de las cosas. Mejor vamos a la Ruta Nocturna. Lo siento, hermano.”.

El resumen de la noche y del día siguiente: pasamos por el yonkódromo de doble ese. Una conocida de Ross visitaba ese lugar para llenar de polen cada una sus venas. Las ridículas escenas en los museos, birras chirriando bajo los pies, un horizonte lleno de papel.

Anoche conocimos a Ricardo, un punk cubano, y nos contó sus momentos dorados en la isla de okupa: cambiaba su sangre para que la medicación y la estancia en los psiquiátricos sea gratuita, porque en los 80s aún no se sabía acerca del VIH y mejor los recluían, como si fuera una contención. Claudia, niña bien de toda la vida, jamás había escuchado este tipo de historias, solo se las imaginaba y me llamaba mentiroso cuando le contaba una similar.

Esa misma noche conocí a Emily, una tipa que tenía tatuado dos helados debajo de las clavículas. Claudia se enojó porque le molesta verme absorbido por algo que no sea ella. Al menos no supo que borracho le mordí una tapa hasta devenir en un hematoma similar a una galaxia cercana. Llevaba vestido blanco, lo que me facilitó las cosas y despacio me solía decir

“*spank me and call me your princess*”. Su vestido llevaba unos fuelles por los que se desfiguraba la ciudad.

– ¿Probarías LSD por mí?

– ¡Qué tú eres marico! ¿vale?

– Pero quiero lamerte el ojo para ver qué tal. Así, con la pupila dilatada.

– Coño, no.

Luego Adrián se acercó y me dijo que ella solo quería que le haga un oral mientras se carga su celular, que la deje ir. Se giró y fue a conversar con el DJ, para que no ponga canciones del KN, porque a él jamás le gustó lo que Tyrone hizo como *MC*. La gente se marchaba. La ciudad tomaba forma de herida y nos aunaba a su vacío.

Un tipo tomó su guitarra y empezó a entonar aleatoriamente. En ese momento, en aquellos resquicios de luz y en el privilegio de la sombra, ya no teníamos rostro ni edad. Algunos acordes simulaban algo conocido, aunque no era lo que yo conocía con exactitud, pero de cierta manera lo evocaba. Estaba tocando “*Eu preciso dizer que te amo*”, sin saberlo. Quizás, sin saber de Cazuzza. Cantaba al oído de Claudia, omitiendo el “*te amo*”, tratando de imitar el “*tanto*” que decía Cazuzza, el “*tanto*” que repetía, tal vez a alguien que conocía en The Castro; alguien a quien quizá ya no volvió a ver. Y entre tarareos me acercaba más a ella, sin saber lo que pensaba, sin conocer si entendía, sin intuir que cuando imitaba el portugués se sentía en otra ciudad. Los acordes cada vez se apagaban más, porque esto era una canción para el resto.

Qué tristeza encontrar algo que todavía no tiene nombre. Y cuando no consigo lo que quiero me comporto como un canalla, como un canalla sentimental. Me alejo, invento excusas, todo con tal de no parecer un tonto frente al espejo. Para convencerme de que la veía caminando con una carta bajo la lluvia en Dublín. Que eso sucedería solo en esta página. Que jamás podría decirle que su cama era “*London Calling*”. Que dejaré de subir canciones a YouTube para que ella las escuche. Que jamás reconoceré algún gesto que me haga ir en pos de ella, que me haga saber que iré, que ella estará, que los cristales reverberarán las llamas de las velas. Y que para eso era mejor Emily, o el punk cubano, que cuando nos abrazamos me dijo “no soy marica, compadre”. Y un solo boleto de avión en la repisa el jueves. Un jueves donde mi mente era un niño que salta de los más altos rascacielos.

Afuera llueve, una puerta se cierra y nadie preguntará cómo estoy.

Siete océanos

Néstor Efraín Ramón

Y de noche me siento ciudad

Alan Mills

Siempre he tenido un problema con las ciudades costeras; no las entiendo. Todas se parecen y no parecen ser las mismas, incluyendo sus personas. Pareciese que son proclives al abismo y estando allí, encuentran todas las formas anheladas de las cosas. Aquella persona que pudo haber respondido a muchos nombres, que hoy saltó del puente, es el mismo cadáver de todas las playas remotas.

Esta ciudad es como un aplastamiento: no sabrás cuándo caerá aquel enorme edificio verde mientras su jefe da vueltas en la silla como un tornillo flojo frente a la ventana; cuándo caerá el puente peatonal donde una anciana se gana la vida o pasa para visitar a sus hijos bastardos y enfermos; o el semáforo que tantas veces atravesaste en luz roja para sorprender a la chica que hoy tampoco es feliz en brazos de otro.

Quizás por eso todos van rápido, se mueven en zigzag. Atropellan. No giran para ver quién cayó. No soportan ni cinco minutos con los pies desnudos en el gramado de algún parque. Yo, sin embargo, pretendo ir lento, con la conciencia tranquila de que no pude hacer más. Hoy he visto a un anciano jugar básquet con su nieto, a una niña solitaria pasear a un cachorro, a un hombre ¿o un ladrón? siendo asaltado ¿o le estaban quitando lo que hurtó?, a un adolescente en el bus embelesado en la heroína hablando en gíglico. Debe haber

otras cosas bellas en esta ciudad, como un suicida siendo quitado de la vía del autobús. Yo no las conozco, posiblemente porque me alojo en el corazón del horror.

Hoy tuve una cita con unos heroinómanos. Me urge conocer a ese tipo de gente. Cuatroveinte: hora simbólica. Detrás de la esquina — una ciudadela ya derruida, con los campos quemados y atiborrados por algo que pudo ser hojarasca, los parques como cárceles— veo salir a Carlos y Ángela, caminando como lo haría un perro bajo el inclemente sol de un desierto, moviéndose como si sus huesos se hubieran desosificado, casi sonrientes, casi desangelados. Se detuvieron enfrente de mí; de reojo los vi, parecían una pareja indie, eran decadentemente atractivos. *Heroin-chic*. Cinco minutos más tarde pregunté por sus nombres, pero no entendieron y opté por decirles lo que hacía en aquella esquina, mientras los de la panadería Leña, que concordaban frente a nosotros, vaticinaban: otro *dealer* en el barrio. Pero no era así.

– Oh, sí, sí, sí, sí. Tú eres ese con quién hablé por fono. ¿Qué más, loco? Ella es Ángela.

– Hola, ¿cómo vas? — dijo mientras se acercaba a besar mi mejilla.

– Dale suave, broster. Te veo paniqueado.

– No, sí, sí, sí, todo tranquilo.

Entramos a la ciudadela Altamira, que en realidad sí se parecía a Altamira, pura mitología. En los rostros de la gente había cierto furor e incertidumbre, parecían decididos a matar a alguien o hacer todo lo posible para regresar con vida. No buscaba una entrevista, sino más bien una información, que se expresaran en la libertad de su lenguaje. Ni siquiera interrumpí cuando usaron *slangs* que no conocía. Parecían divertirse, pero prontamente la boca se reseca, el

excesivo sudor y las constantes agarradas de codo indicaban otra cosa: el mono. Era hora de otro pinchazo; simularon despedirse, no sin antes intercambiar números de teléfono. “El problema de soportar el mono durante días es que corres peligro de una sobredosis”, pensé, mientras pateaba las piedrecillas del camino demolido, mientras oía jugar a unos negros vóleibol y una mujer pasaba con un vestido floreado, la yedra casi hasta la cintura, llevando compras en la mano.

Aquel día no pude dormir, estuve pensando en Ángela y en cómo inició su adicción. En sus propias palabras: “Mira, las drogas para mí nunca fueron una opción; me refiero a que estuvieron ahí siempre... Mi padre es un hijueputa alcohólico y mi madre dependía de los fármacos, ya casi todo estaba predestinado, no puedes alejarte de lo que te hiere sino hundiéndote en el mismo dolor. Y bueno, así todo empezó o empezaría tarde o temprano con la marihuana, *creepy*, *skunk*, *orange*, *purple*, todas las presentaciones en las que viene la *weed*. En los *raves* siempre hay gente que quiere oler, jalar y pepear; remando un poco los hijos de mami y papi, descubriendo que no son especiales, acá tampoco los queremos je, je pero sí les damos lo que quieren... los que dicen que nadie los trata como lo merecen; pero eso es lo que hay, sólo gente común. Y así empezó todo, convencí a un tipo que me vendiera, porque no quería verme en este mundo, pero no sabes lo que el deseo y la caricia exacta pueden hacer”.

Al poco tiempo era yo quien les inyectaba. Mis dos años en medicina no fueron un desperdicio. “¡Mira, mamá, con yonquis destruyendo estatuas!” A veces yo les compraba el caballo. Solíamos encontrarnos en sus *raves* o fiestas donde iban los jíbaros y hacíamos, en voz de Carlos, “la movida”.

Siempre me preguntaban por amigos o familiares, pero es que en Ciudad del Sur no tengo a nadie. Es decir, sí los hay, pero no interesan. En ciertas ocasiones me preocupaba que me inyectasen como a Jim Morrison, o quedarme sin dinero. Por eso llevaba lo justo y necesario. Y, a pesar de la desconfianza, fumaba *weed* o tomaba *speed* o 15 pastillas de neuroestimuladores para estar aletargado y a la altura del conflicto.

– No sabía que te drogabas.

– No sabía que me veías.

2

Me ausenté para ir a Ciudad Tundra: páramo gélido, con personajes surreales y un cielo sepulcral, casi ausente, porque tenía que distraer mi mente y creí que volver a estudiar sería divertido. No lo fue.

Estos eran los verbos de mis días: despertar, ir ~~al baño~~, comer, vestir, esperar, tomar ~~el bus~~, abrir, sentarse, escuchar, ver, sonreír, hablar, tocar, esperar, tomar ~~el bus~~, ~~otra vez~~ anochecer, volver, encender, dormir. Estos siempre han sido los monosílabos con los cuales me manejo: sí, no, ya, mal, fue, sol, sal, mar, gris, ir, ríe, con, sed, sin, piel, ser, dos, ver, flor.

Mi única salida a esta barbarie fue cuando encontré a un viejo amigo y me presentó a unos tipos de Ciudad Capital. Uno de ellos era cineasta y su novia era editora. Fuimos por un café cerca del centro histórico donde permiten fumar. Atravesamos mares de personas que entran y salen de la iglesia con la misma desesperación, en un silencio compartido, queriendo salir de trabajos, colegios, reuniones; para llegar a casa, encender el computador e indicar a su red de contactos que están aburridos.

Hablamos media cajetilla de cigarros. Una pareja en la mesa continúa discutiendo. Al salir sólo pude escuchar “por favor”, en una voz agrietada y una mano que esquivaba una lágrima. Más tarde Isidor se tuvo que ir y me pidió que lleve a George y Camila al teatro de la universidad, porque esa tarde proyectaban un cortometraje de Yorchs; el mismo que me pareció bueno por la fotografía, el rigor psicológico de los personajes y lo transgresor: sexo y drogas.

3

Luego de haber aprobado el propedéutico, volví a Ciudad del Sur. Concerté en vernos con Ángela; Carlos no pudo venir. Se veía más blanca, más buena, con diminutas manchas como peces alrededor del cuerpo. Y los ojos de una mirada tan pura que no era nadie. Y mientras frotaba Ángela sus brazos, entreví un tatuaje que sobresalía con forma de una agudísima ola pintada de rojo que contrastaba con su tez. Luego supe que se extendía hasta su sombra, cuando me llevó a su casa en el centro del norte, cerca de donde vivía mi ex, donde tantas veces me perdí entre callejuelas y piel. Y se repetía, entre luces de neón y llamas de velas, en una mesa atiborrada de jeringas y botellas de vino, donde en medio del delirio me pidió que le dé razones para ser mujer. Supe, entonces, que en la pérdida se sustentan los cuerpos y que un rostro en ocasiones no defrauda. Desde aquella noche solo nos hemos visto un par de veces en el mes.

Un día, mientras cruzaba por La Casa de *Cool-tura*, los vi de lejos caminando hacia mi posición. Entré en un edificio solo para no verla. Y mientras se iban, escuchaba *Pirate Jet* de Gorillaz, que simulaba el éxodo de los carros y personas que

solo tienen consciencia de lo perdido. El sol caía como caía la batería y el sintetizador.

Running for a hundred years...

So drink into the drink...

Existen días en los que destruimos una identidad por asumir otra. Y así esperé cerca de media hora en la cima de ese edificio viendo cómo la gente levanta el polvo y se dispersa. Huyen, sin saber de qué. Es como si buscaran una cierta cantidad de santidad.

Luego los vi partir y pude bajar para ir a casa.

– Madre me llevó a comprar ropa, pero lo detesto, no me gusta tanta pulcritud.

– Yo tampoco la soporto. Ni en hospitales donde me han salvado la vida con Narcan y peor aún en funerales: allí no sucede la vida.

– Nos asquea, por eso hacemos lo que hacemos y existen momentos propicios, exactos, perfectos, donde solo la irrupción de lo que perdimos nos lastima.

– Salomón, di algo.

– Algo.

– No trates de hacerte el chistoso.

– Por favor.

– No sé... mañana tengo que regresar por la u.

– Y nosotros mañana nos vamos a Perú. ¿No es así Ángela?

– Sí, deberías venir.

– No lo entienden. Se ha dado cuenta de lo mucho que he perdido, tengo más edad que ustedes y a una madre velando por un futuro. Ya no puedo arruinarlo.

– Sí, pero no sé. Deberías divertirte, hombre.

– Piénsalo.

4

Recibí una carta un mes después. Todo estaba bien, se les había hecho fácil conseguir heroína. Me enviaron esta fotografía:



Fotografía de Daisuke Yokota, de la serie Corpus.

Tiempo más tarde supe, por un amigo, que Ángela había sufrido una sobredosis. No sobrevivió. Carlos había sido internado y quizás no volvería a saber nada de él. Cocteau acertó cuando dijo que decirle a un fumador en estado continuo de euforia que se está degradando, equivale a decirle a un pedazo de mármol que está siendo deteriorado por Miguel Ángel, a un pedazo de tela que está siendo manchado por Rafael, a una hoja de papel que está siendo emborronada por Shakespeare o al silencio que está siendo interrumpido por Bach. Pero también miente, porque no son inmensos los privilegios de la belleza sino todo lo contrario. En la bestialidad no nos sobreponemos al dolor, porque en él nada cobra sentido más allá de lo desconocido. Pero también en ese arruinamiento deseamos ser un rascacielos sobre rascacielos, el mar sobre el mar, y eso no lo alcanzaremos jamás. La vida no es otra cosa que vacío. Un vacío que debemos sostener.

He de suponer que Ángela murió mucho antes de que la conociese, y la ciudad continúa siendo la misma: porque no son sus muertos, sus cráneos en las orillas de los extramuros, sus amantes subiendo escaleras con lunas en las vértebras. Una ciudad es ausencia, un cuarto vacío. Tal vez ese es el problema que he tenido con las ciudades costeras: su gente, la mayoría de las veces, se va.

Paradoja

Amir Llopis Zúñiga

Pablo, niño, fantasea mirando a través de la ventana de su clase. La profesora habla de matemáticas, ciencias y demás tonterías mientras él solo piensa en salir y correr entre los matorrales, llegar al río y lanzar piedras hasta la noche. No le importa el colegio, ni los libros, ni el balbuceo constante de la docente, es más, deja todo tirado en su lugar y sale del salón con la excusa de ir al baño.

Impasible da un paseo por los cuatro pisos del colegio, buscando una manera de escapar. Total, si citaban a sus padres, les tocaría recoger la mochila y demás cosas para llevarlo a casa. Claro que se enojarían, le gritarían y lo castigarían, pero no importaba, él no soportaba el colegio, solo quería huir.

En otro lugar, Pablo, anciano, agoniza al fondo de una vieja biblioteca abandonada. Le han caído tres libreros encima y le cuesta mucho respirar. Se le rompieron tres costillas del lado derecho y pronto una de ellas le perforaría el corazón. Él imaginaba la gravedad de las heridas y ya sabía que la vida no le daría más tiempo, pero no se arrepentía de nada, lo único que se limitó a hacer, fuera de sonreír, fue liberar al edificio del sistema de seguridad que lo escondía del mundo.

Pablo, el grande, recuerda sus tiempos de colegio mientras se repite en voz baja: “Me quiero morir”, en una suerte de mantra salvador. Trabaja en demolición, y hoy le toca derribar un edificio designado para dejar de existir hace mucho tiempo atrás.

El gobierno lo sabe, el municipio lo ve, pero el edificio sigue ahí. Ese había sido el argumento que acabó por aprobar la desaparición del gigante abandonado al que a Pablo le tocaba ejecutar.

“No importa, es trabajo y es comida, solo hay que llegar. La inspección ya fue hecha y las cargas ya están plantadas, solo me toca llegar y detonarlas para que termine el encargo y poder cobrar. No es nada del otro mundo”, se decía a sí mismo.

Pablo, el niño, sigue buscando cómo salir del colegio, pero no encuentra forma. Las ventanas del tercer y cuarto piso están abiertas, pero saltar por ahí sería un par de huesos rotos. Las del segundo piso están cerradas y por el primero no había ventanas más que las de las oficinas de administración. De las puertas ni hablar, todas con llave. Entonces Pablo se arma de valor y corre hecho una bala hacia la entrada. Los inspectores lo ven, al igual que un par de padres de familia, una profesora y el conserje. Todos están estupefactos por lo que acaba de suceder. Se escuchan gritos: “¡Regresa aquí inmediatamente, niño!”. Pero él no los oye, solo corre y sabe que ellos van detrás de él, por lo que correr se vuelve supervivencia y no un mero acto

de rebeldía. Pasa una cuadra, luego dos y mira hacia atrás. Ve policías, apura el paso. Gira a la derecha y se mete en la primera puerta que encuentra abierta. Se aprieta contra una pared cubierta por la sombra y sume la panza para que no lo vean desde fuera. Escucha jadeos y pasos acercándose, seguidos de un sonoro “¡Ah carajo! ¡Mieshda! ¿A dónde fue el guambra?”

El grito del policía calmó un poco a Pablo. No lo habían visto entrar a esto que ahora él veía: un zaguán oscuro de baldosas decoradas con rombos rojizos sobre blanco hueso, paredes blancas cubiertas de telarañas y una escalera en el centro de la antesala que parecía bajar hasta una especie de sótano.

Pablo, el grande, sonríe. Ya casi es de noche. Tiene planeada una suerte de reconciliación carnal: una cita con su ex esposa después del trabajo. Solo quiere llegar, deshacer e irse sin mucha pompa. Que los obreros se encarguen del papeleo y la limpieza; por algo él había estudiado ingeniería en lugar de conformarse con ser aprendiz de obra.

Pablo, el niño, espera unos minutos detrás de la sombra antes de salir de vuelta a la calle. Respira un poco y piensa en los azotes que vendrán más tarde por parte de sus padres. Imagina la gloria frente a sus compañeros que lo verán como un dios, como un Hermes veloz y aventurero, largándose a toda velocidad de la prisión educativa que a todos les habían impuesto, pero también

piensa en las escaleras y en el sótano. Mira un poco hacia abajo y decide entrar. Ya fugado del colegio ¿qué importaba una carajeadada más o una carajeadada menos?

Baja las escaleras, una antorcha ilumina la puerta café negruzca. De un empujón se abre y la oscuridad que esperaba detrás de ella le dio una excusa a Pablo para tomar la antorcha antes de cruzarla.

Gradas, cientos de ellas, miles; de madera, de piedra, de metal, y sobre ellas libros, miles de libros, millones de libros, desperdigados como si un huracán hubiera pasado por ese sótano y los hubiera mandado a volar con furia.

– ¿Qué habrá pasado aquí? – se preguntó.

Era una gran habitación circular, llena de estanterías, que bajaba en niveles concéntricos hasta llegar a un entarimado en el centro, iluminado por una única gran luz que le llegaba desde el techo mientras el resto de la habitación permanecía en tinieblas.

Anatomía general del Gran Veneciado de Ogaitnas, leía en uno de los libros que encontró en el piso.

– ¿Qué será esto?

Bajó hasta la gran luz y se sentó a leer.

– ¿Todo listo, Pablo? – Le preguntaron al grande.

– Todo listo, jefe.

– A las ocho de la noche derribamos todo, di a los muchachos que no dejen pasar a nadie, no quiero retrasos.

– Listo, jefe.

Un mundo raro se abría frente a Pablo. El Veneciado era todo un laberinto marginal de torres que se construían hacia arriba para escapar del agua. Los niveles más altos estaban llenos de escuelas, universidades, juzgados, congresos, todo lleno de gente que nunca había viajado a los niveles más bajos. Los niveles intermedios en cambio eran donde sucedía la vida social, donde se encontraban las fábricas y los bares, los prostíbulos, los hoteles. Los habitantes de este lugar eran contentados con su nueve a cinco, no les interesaba escalar a la cumbre ni volver al peligro de ahogarse, solo les molestaba que el sol no les llegara como a los de los niveles más altos, pero ya se habían acostumbrado.

Dentro del Veneciado también estaban los niveles más bajos, los que rozaban con el agua. No hay mucho que decir sobre estos, solo que es donde viven las ratas y abundan los malos olores. Debajo de este nivel es donde aún se encuentran los edificios que fueron antes de la gran inundación y la gente de este nivel se ha acostumbrado a bucear para buscar cosas que les ayuden a sobrevivir.

– Es duro –dijo Pablo, mientras veía emerger del mar a los habitantes del fondo. Traían aparatos antiguos, artefactos de todo tipo, como televisores y lavadoras, cosas ya inservibles pero llenas de materiales reciclados.

– Sí, lo es, pero así les ha tocado vivir – respondió el viejo.

– ¿Quién es usted? – preguntó Pablo.

– Yo soy el curador de la biblioteca a la que entraste, niño.

– ¿Y esto qué es?

– Bueno, estás dentro del Gran Veneciado, asumo que fue el libro que escogiste.

– No sé, yo solo tomé un libro del piso y...

– ¿Del piso dices?

– Sí, había muchos libros sobre el piso.

– Mmm... Ya veo. Bueno, creo que es tiempo de que regresemos a la biblioteca. Debo ver qué ha sucedido, un libro en el piso es una ofensa imperdonable.

– Pero antes de que regresemos, ¿qué es esta biblioteca?, preguntó el niño.

– Ya te lo mostraré cuando volvamos, toma mi mano.

Pablo agarró fuerte la mano del viejo, no entendía nada, solo cerró los ojos y vio luces que llegaban a toda velocidad.

Se acercaba el momento de la demolición. Los transeúntes se amontonaron por encima de la reja de contención, esperando ver caer al armatoste, al igual que los periodistas que habían llegado a reportar la noticia. La vieja biblioteca caería hoy, después de tantos años de amenazar con derrumbarse ella misma y causar un desastre.

– Son las 7:59, señor Pablo.

– Listo, avísenle al jefe que vamos a empezar con la cuenta regresiva.

El niño se encontraba en el mismo lugar en donde se habría acostado a leer el libro.

– Diez.

Se levantó y buscó al viejo.

– Nueve.

“¡Señor! ¡Señor! Encontré otro cuento, ¿me lo puedo llevar?”, gritó.

– Ocho.

La oscuridad alrededor le impedía ver al viejo.

– Siete

Tampoco se escuchó respuesta alguna de su parte.

– Seis.

“Supongo que eso es un sí”, dijo Pablo.

–Cinco.

“*Historia Natural del Reino de Quito*, este se ve interesante”, pensó.

– Cuatro.

“Vamos a echarle una ojeada antes de llevarlo”.

–Tres.

Pablo bajó al entarimado otra vez.

– Dos.

Abrió el libro.

– Uno.

Esta vez se encontró rodeado de miles de criaturas extrañas, y entre ellas, otra vez el viejo. Pablo se acercó, y con el impulso curioso que caracteriza a los niños desde esa edad, preguntó:

– Oiga señor, ¿y este cuento de qué trata?

Noche santa

Ámbar Chica Apolo

*Insomnio de una noche se convirtió en el
de dos y tres cientos de noches hasta que
por fin parió al unigénito hijo de hombres...*

El pronóstico del nacimiento había sido dado para aquel crepúsculo, pero las cosas no estaban saliendo como había imaginado. Claro que no le había dicho nada a Juventino, no quería que sufriera y, mientras él pudiera ahorrarle tristezas a ese santo con forma de hombre, estaba dispuesto a mantenerlo en secreto. Oficialmente estaba enfermo, incluso él así lo creía, porque si bien la vidente le había dicho que se acercaba el momento de un nacimiento, también le había dejado claro que el hilo de sus días estaba por ser cortado. Lo segundo lo entendía completamente, iba a morir, estaba claro, y por eso ahora había enfermado. Lo primero, en cambio, no era más que un delirio fantasmagórico que no acababa de comprender y, aún peor, hallarle un medio posible. Quizá su ayudante, Amelia, estuviese esperando un hijo y no se lo hubiese contado por miedo a ser esclava sexual de los patrones. O quizá su Juventino lo había engañado contrariando su naturaleza de esposo fiel. No, no lo comprendía, y por más vueltas y cabezadas que le daba al asunto, no hacía otra cosa que empeorar sus fiebres y sus espasmos.

Juventino había tratado de verlo, pero él se había recluso en

aquel cuarto desde varias noches. El día había pasado lento y agonizante entre los vapores del verano, miró por la ventana empañada cómo una sombra lo espiaba; entonces Marduco se levantó torpemente, imposibilitado por una joroba que parecía haber crecido tres veces en una sola tarde. La odió más que nunca y extrañó los primeros años de su vida, cuando aún no la llevaba como un penitente maldecido por la providencia. Se sentó al borde de la rústica cama y volvió a mirar hacia la ventana, pero su alucinación ya había desaparecido. Podía oír los grillos zumbando en algún rincón del cuarto. Afuera, el rumor de los jornaleros iba inundando la taberna y ya se entonaban los primeros pasillos de la noche. Sintió el peso de la joroba constipándole los pulmones, aún se sentía desfallecido, pero el olor de la cama mojada con su sudor le repelía la idea de volver a acostarse. “Un jorobado enfermo”, pensó, “¡qué cosa más miserable!”.

Acostumbrado a la canícula de esas noches, Marduco no notó que la fiebre le rondaba ya los treinta y ocho grados. Sentado, pálido y ensimismado, cavilaba la posibilidad de salir a atender a los clientes, pero un escalofrío le remordió los huesos y le obligó a refugiarse nuevamente en el fango de las sábanas húmedas. Aquella sería una larga noche. Los grillos habían cesado su gorjeo, un olor a choclos tiernos brotó de los costales arrinconados al pie de la cama, las voces borrachas de los capataces cantando en coro le llegaban como una marejada recalcitrante junto a los rasgueos que Juventino arrancaba a su guitarra. “Ya estás viejo, mi amado Juventino” susurró entre

suspiros y oleajes de recuerdos. Apenas nueve años habían pasado de aquella velada inolvidable, en la que su alma se había hundido por primera vez en el cuerpo de otro hombre. “Apenas nueve años, Juventino, y pensar que ya me estoy pudriendo... y pensar que ya jamás tu cuerpo me amará cegado por la fogosidad del vino, ese vino sagrado que yo mismo robé de la sacristía y te ofrecí como la serpiente ofreció la manzana a Eva. Y tú caíste Juventino, ¡caíste tan lindo! ¡Eras tan joven entonces y estabas tan borracho!”

celaje *a cada*

de des-lum-brante # rememoro instante

Noc-turno *Tu-encanto*

Las voces acaloradas seguían a coro las líneas de aquel vals.

del momento

Ro-mance en qué #Con

vivieras, el alma iluminada en tu mirada.

descubriendo

Roían las entrañas de las paredes, de los costales, de los grillos, de la noche y de las eternas ciénegas dolorosas que acompañan los presagios de la muerte.

Un amor para mí. aciago el destino,

que nadie tuvo # Aunque dividió

nuestro camino.

Mientras Marduco sentía cómo el pecho se le oprimía y un sabor sanguinolento le cubría la lengua.

te perdí...

para- siempre

Y-angustiado

Los versos chillaban a la par de las notas de Juventino. El jorobado masticó cada punteo desprendido, creyó que la guitarra lo había escuchado y ahora le expulsaba aquellas notas como una hiel en la memoria. Seguía tiritando a pesar del calor. Varias lágrimas cundieron su rostro. Jadeante, mocosos y desvalido, lloró amargamente durante tres pasillos y luego se adormiló.

Soñó con un campo abierto a media tarde, parecido al de su infancia; un viento tórrido revolvía las plantaciones de maíz y le traía un remolino de virutas y hojas secas. Reconoció el lugar, era Noche Santa, nueve años atrás. “Bendito pueblo”, se dijo en voz alta, “pensar que tú, que me diste tanto, me permitiste todo menos la memoria. ¿En qué oscuro rincón de mi espíritu dormiré mi pasado?”.

Apenas había pronunciado aquellas palabras cuando su cuerpo empezó a transformarse en el de Juventino. El campo fue diluyéndose y vio cómo el paisaje se transformaba en la Noche Santa de su ahora, la suya, la de todos los días. Posibilitado por el nuevo cuerpo, tomó su guitarra y salió corriendo hacia el puente desvencijado junto al río. Allí lo esperaba todo un público de ansiosas ranas que croaban estrepitosamente por el inicio de un concierto ya previsto.

Entonces Marduco, ahora Juventino, tocaba y cantaba infinitos pasillos que se entretejían con el sonido del agua chocando en las piedras. Hacia el final, en medio de la ovación, divisó a lo lejos un camión abandonado. Estaba lleno hasta el tope de hierba seca, un bulto diminuto parecía acurrucado sobre ella. Dejó a las ranas y se lanzó al otro lado de la carretera para fisgonear. La hierba desprendía un suave olor a humedad lodosa. Rodeó la carreta y subió por las rendijas de los tablones hasta la cima.

Allí acostado sobre aquel pasto yacía un jorobado apaciblemente dormido. Lo miró con ternura, casi con amor, pero entonces un respingado escalofrío le recorrió el respaldar al darse cuenta que aquel jorobado era él mismo, no Juventino sino Marduco, nueve años atrás cuando llegó por primera vez a aquel pueblo. Ahora lo miraba con desprecio, con un sentido de superioridad afianzado en sus brazos musculosos frente a los escuálidos del durmiente individuo.

Miró a su alrededor y notó cómo el viento arrastraba el camión en sentido inverso al pueblo; había empezado a retroceder entre plantaciones de banano y siembras de maíz. La carretera estaba llena de baches y aguas sanguinolentas. El camión iba tambaleándose entre cada nuevo agujero que surgía de la tierra, entre las charcas que iban explotando como úlceras llenas de pus lodosa bajo las llantas, y el cuerpo de Juventino anclado a los tablones del camión.

El crepúsculo retrocedía hacia el día, desandando sus pasadas horas, desacelerando el tiempo. Juventino miraba cómo, el antes durmiente, acechaba por las rendijas del camión. Miraba a hurtadillas metiéndose entre la hierba, era claro que se escondía.

Su ojo seco espiaba entre el tumulto, pero su mirada se posaba en un punto lejano, el pasivo Juventino no era más que una transparencia a la vista del jorobado. Crucifijos herrumbrosos, mechones de cabello, gotas de pus y puñados de tierra chorrearon del cielo. Piedras, balas y escupitajos fueron lanzados desde las plantaciones que contorneaban la carretera. Caían sobre el camión con el ímpetu de una lluvia torrencial; el jorobado se revolcaba en el fondo de la hierba, intentado cobijarse del peligro. Pero nada podía ya salvaguardarlo, un grupo de sombras alargadas lo arranchó del refugio improvisado.

La carretera había desaparecido. Juventino se encontró solo en medio de un terreno deshabitado, la oscuridad cubría todo excepto la línea de un camino que emergía de sus pies, escondido por una arena fina y blanca que resplandecía en medio de aquella tierra baldía. No podía moverse, pero saboreó un fuego extraño riñéndole en las tripas, un resquemor en la lengua, un desprendimiento de carnes y un correr de sangre tibia. Escuchó gritos, era el jorobado, pero no diferenciaba el lugar de donde provenían. Intentó parpadear y no pudo, intentó hablar y su lengua había desaparecido. Sentía un dolor punzante y un miedo profundo, inquietante. Notó cómo el campo empezaba a iluminarse desde el suelo, era la arena blanca extendiéndose por todas partes, se multiplicaba y resplandecía al mismo tiempo que dejaba ver una camilla a poca distancia de Juventino. Los gritos provenían de allí. Las sombras rodeaban un cuerpo ensangrentado que clamaba auxilio. Era Marduco, era él mismo, Juventino, y era también el horror.

Manos grisáceas mutilaban sus miembros, quemaban sus labios,

punzaban su sexo. A él, y también a Marduco. Pero sobre todo a Marduco, porque el ahora Juventino solo sentía el reflejo de lo que al otro le pasaba, como un fiel espejo reproductor de sensaciones en el sueño. Pero los reflejos siempre terminan diluyéndose, y ahora la sala de torturas había desaparecido. Volvía a ser Marduco, un jorobado al que perseguían para torturar. Debía huir. Corría cubierto por los enemas de la oscuridad, en medio de plantas gigantescas y helechos húmedos. No reconocía ningún sendero, se guiaba únicamente por su instinto amedrentado. Borbotones de mierda, sancos amarrados, insultos. Era de noche y él corría; le sangraban los pies encallados, la lengua semipartida. “Un jorobado huyendo”, pensó, “qué cosa más repugnante”.

Pero él no quería despertar, aunque le sangraran las pantorrillas, aunque los labios le quemaran, aunque le royeran el alma hasta los tuétanos; no quería despertar. Jamás había recordado tanto en tan poco tiempo. Era un sueño, pero qué importaba, ¿acaso no eran los sueños los arcanos reveladores de las auténticas verdades de los hombres? Y así, una vez que su salvaje resolución se había implantado en la paranoia del inconsciente, sintió cómo le rasgaban los párpados y él veía la verdad por primera vez.

Entonces recordó los pastizales repletos de abrojos, los pericos gorjeando en la copa de los árboles, las vacas y el aleteo del viento dorado de aquella tarde en que desprendió sus primeros gemidos al tener la verga de aquella bestia dentro. Recordó cómo aquella columna vigorosa se hundió en su virgen ano mientras el rumor del viento absorbía sus gritos extasiados.

Recordó también al niño que desde el portón lo había observado y, corriendo, había ido a traer al patrón “porque un caballo estaba pisando al jorobado”. Recordó entonces los dedos acusadores, las blasfemias, los escupitajos y el deseo de la muerte. Recordó la palabra zoofilia en boca de un cura sin entender su significado. Pero ahora sabía por qué vivía en aquel pueblecito moribundo en medio de borrachos que le habían ocultado su pasado por ahorrarle las miserias o quizá porque ni ellos estaban enterados.

Ahora que había recuperado la memoria, sintió el peso de una culpa morbosa y sacrílega agujoneándole las sienes. Se le hincharon los ojos, vomitó una pus colmada de rabia, hundió sus torpes uñas en la carne de su magullado sexo, pero no logró hacerse ningún daño, creía que al menos la laceración de una carne pecadora sería menos repugnante que seguir presenciando su fangoso pasado, pero la piel que él intentaba rasgar no cedía ante sus manos. Quizá, porque sencillamente no les pertenece a los sueños el derecho de redimir los cuerpos y mucho menos las almas.

Torrentes de fuego, gritos, blasfemias y entonces otra vez estaba en la carretera, montado en aquel camión, espiando, en el cuerpo de Juventino, a un jorobado que dormía sobre la hierba. Cuando posó de nuevo la mirada sobre él, se dio cuenta que las ranas del río ahogaban aquel cuerpo durmiente, se pegaban a la joroba y amontonadas sobre ella sobaban su vientre oscuro para luego hincharse y reventar en el acto. Lleno de terror Juventino siguió mirando la escena, paralizado porque sentía el baboso vientre de las ranas en su propia espalda.

Entonces despertó sobresaltado, estaba empapado, tiritaba y temblaba muerto de miedo. El pecho le roncaba como agonizante tuberculoso, el corazón acelerado, la angina royéndole las manos que vibraban poseídas. Jamás había sentido tanto miedo como el que experimentaba ahora, jamás le había costado tanto salir de un sueño, aunque aún no estaba seguro de que su pesadilla hubiese terminado. Miró por la ventana y vio cómo ya las nubes se habían tragado las estrellas. Sintió la joroba mojada y pulposa; se persignó, rezó un padre nuestro, pero no notó mejoría. Al contrario, unas respingadas de dolor lo sacudieron, sudó y jadeó sintiendo cómo la joroba se hinchaba y endurecía en reiterados momentos, solo detenidos por intervalos nauseabundos.

Afuera, la voz del capataz Aurelio sonaba sola en la cantina. Unos últimos rasgueos figoneaban el aire. El moribundo se debatía entre salir o morir allí dentro. El asco del sueño y la conciencia revelada lo estaban matando, lo matarían, ya no tenía duda. No podría volver a ver de la misma forma a Juventino. Su dios le había dado la oportunidad de haber amado quitándole la memoria, pero ahora se sentía engañado. Hubiera preferido el fuego, a manchar el alma de Juventino con su asqueroso pasado, pero ya era tarde. El asco de su cuerpo retrocedía sus pasos: “¡Juventino... santo mío, ven a mí por dios!”. Y la joroba seguía hinchándose, dura como un montículo erecto.

No soportó más, debía verlo por última vez, debía entregarle aquello que le pertenecía, aquello que no comprendiera en un principio y que ahora se le revelaba con una claridad mortecina. Pero el miedo de su alma retrocedía sus pasos, hasta que por fin el santo invocado vino a su memoria, como un ángel salvador

que le traía por fin el clímax de la muerte. Se presentó ante él y le susurró los mismos versos que alguna vez le había recitado “*Iré, qué importa, caballo sea la noche*”. Y el milagro pudo entonces concretarse.

Una fuerza súbita y desconocida invadió su cuerpo, se lanzó jadeante hacia la puerta mascullando el nombre de su esposo, pidiéndolo a gritos, llorándolo y besándolo en su delirio consumido. Los borrachos lo vieron desplomarse sobre el mesón de la taberna mientras Juventino despertaba de su aletargada borrachera.

Tirado boca abajo la joroba sobresalía como cerro empinado, hinchada, a punto de reventar. Juventino se lanzó corriendo a su encuentro, lo tomó entre sus brazos y vio, con una mezcla de ternura y asco, como de la joroba, verdosa y llena de llagas, se desprendía un feto blancuzco, perfectamente humano.

Tomó a la criatura en sus manos, la reposó con la felicidad de un padre que ve a su hijo nacer, se inclinó sobre el cuerpo de su Marduco y besó tiernamente la espalda sangrante.

Ensayo sobre los dobles

Cristian Alvarado

—Lo sé, necesitamos ser dos.

—Pero ¿por qué dos? ¿Por qué dos palabras para decir una misma cosa?

—Es que quien la dice es siempre el otro.

Franz Kafka

Hace dos años, gracias a la inesperada obtención de una modesta beca de post-grado para estudiar escritura creativa en la Universidad Autónoma de Barcelona y al escaso presupuesto que reuní en Guayaquil dando clases de literatura, tuve la oportunidad de residir un tiempo en la ciudad catalana; mas el periplo que inició con la ilusoria partida de un Ulises, robusto y mitológico, terminaba con el regreso de una persona sin atributos.

Fluctuante y arrojadizo, terminé despilfarrando los contados billetes que traía conmigo. Lo que no quiere decir que no me haya dedicado, con las fuerzas que me quedaban después de mis paseos nocturnos por la avenida de Las Ramblas, a mis “insultantes y absurdos” estudios. Antes de partir, con esas palabras y otras más que no vienen al caso, me habían recriminado unas aficionadas a la militancia de cierto feminismo en la universidad en la que trabajaba por el enrevesado proyecto que traje a Barcelona, una ciudad con la atmósfera artística

necesaria –pensaba yo entonces– para mi escritura y para saciar mi hambre por una vida literaria.

El estudio consiste en una investigación sobre la vida secreta de la lojana Matilde Hidalgo De Prócel –reconocida por ser la primera mujer en el Ecuador en obtener un título académico de nivel superior y la primera mujer en ejercer el derecho al voto. Planteo una doble vida, un *doppelgänger* desconocido por el discurso patriarcal de la Historia Nacional, en la que breves pero intensos rasgos de Matilde permiten relacionar su bicéfala personalidad con la experiencia de coetáneas suyas como Elsa Greve, musa de Marcel Duchamp y precursora olvidada del surrealismo y, sin lugar a duda, con la abismal Teresa Willms Montt.

Mi hipótesis es que, a mediados del año 1924, después de la disputa por el derecho a sufragar, Matilde enamoró fugazmente, en Quito, a un joven Pablo Palacio. Un estudiante de jurisprudencia y escritor emergente, destinado a trastocar el lenguaje literario del «último rincón del mundo», como diría Benjamín Carrión, en donde padeció la muerte, no dos –la literaria y la definitiva–, sino tres veces. La tercera muerte, propuesta en mi ensayo, es la que resulta de su relación efímera y fatal con Matilde Hidalgo De Prócel, quien se incrustaría en su piel y se colgaría en su memoria, recuerdo que fluía como la saliva regada en su rojiza barba tolstoyana, que acariciaba con suavidad al despertar en el sanatorio mental de Guayaquil, donde estuvo recluido hasta su muerte definitiva.

En 1924, Matilde guardaba en su intimidad un arrobamiento feroz por la poesía, lo que la convertía en una ficticia *feme*

fatale ofuscada por los límites de su sociedad. Como Madame Bovary, vive deseosa de experimentación, pero enferma de la vida rutinaria, del sexo procreativo moralista y, sobre todo, de Fernando Prócel, el doble de Charles Bovary. Después de las cenas en familia y las reuniones con los amigos de “Charles” Prócel, e incluso después de hacer el amor, Matilde se dedica a leer a los poetas modernistas. Lee a Darío, a los poetas españoles Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Lee a los poetas malditos franceses y a los poetas de la generación decapitada, de la que bien hubiera podido formar parte y habitar con todos ellos en Nefelibata¹, a no ser por su inquebrantable filiación a lo familiar, un instinto conservador firmemente arraigado en su vida conyugal y social. Apoyada en sus estudios e inclinaciones políticas, la resguardaban de su desbordamiento existencial, anclándola en las necesidades de la realidad de su tiempo, como una dosis de ansiolíticos. En 1924, un joven Palacio, entusiasmado por la disputa de Matilde, siente una admiración que lo torna incapaz de poder disimular la ardorosa y fatal atracción, que inmediatamente ella le incita, cuando acude a empadronarse para poder sufragar, y la junta electoral se lo niega, pero ella, a diferencia del pobre personaje del cuento de Kafka, que espera sumiso ante el guardián, saca de su bolso un ejemplar de la Constitución y lee, con voz alta y firme: “para ser ciudadano ecuatoriano y poder ejercer el derecho al voto, el único requisito es ser mayor de veintiún años y saber leer y escribir”.

¹ Nefelibata es una palabra esculpida por el genio de Rabelais: un pueblo imaginario que camina por las nubes. Se usó mucho en la época modernista.

Desde ese instante, el tiempo para Palacio se detuvo bruscamente para continuar, como si fuera tironeado por una carroza, hacia una carretera perdida, hacia la inclemente belleza de la totalmente desconocida Matilde, hacia su otro yo, ese doble de Teresa Willms Montt. Por esos mismos días, Teresa recorría las urbes europeas, y escribía en su diario, para dejar constancia de su viaje sin timón, de su errar sin dirección fija, escribía para escribirse, como yo aquí en este momento escribo para escribirme, para sobrevivir, de María, y el hondo hueco que su partida dejó en mi rostro, una mueca perturbadora que me acompaña a donde sea que voy. Palacio, posesionado por una fuerza romántica demencial, exige a Matilde que se escape con él; que abandone, a su manera, el Convento de la Preciosa Sangre, como si fuera el doble de Vicente Huidobro y ayudara a escapar a Teresa de su cautiverio matrimonial en Chile.

María no quiso esperar, se cansó de esperar más, creo que se cansó de no tener tv por cable, de depender de los amigos para ir al teatro, de siempre estar a punto de ser desalojada por deber la renta, o simplemente se cansó de esperar, esperar algún otro lugar, esperar mi gran novela, o algo de mi atención. No la culpo, yo también estoy cansado de esperar. Yo le propuse escapar, como un golpe del viento en la espalda, y eso entendió ella, escapar; pero de mí. Tal vez debería hacer lo mismo. Tal vez me proyecto en Palacio para huir, tironeado por una carroza, hacia una carretera perdida. Y desfiguro, a esta hora ya lo deben sospechar, la intachable figura de una patriota, encarnando en ella, una belleza fatal que sea capaz de exprimirme hasta desaparecer. Bueno, en fin, es desoladoramente consolador saber que María se fue para siempre, y que tengo la oportunidad

de continuar mi ridícula tragedia siendo Palacio, siendo otro hasta desaparecer.

Sucedió que Matilde, después de tomar un poco de aire para sobrevivir a su rancia vida junto a Fernando Prócel, pero a la que estaba obligada a soportar por sus hijos, y la presión de sus hermanos, se negó a continuar su peligroso amorío, a los ruegos desesperados de su amante, que luego se convirtieron en súplicas, para finalmente transformarse en una áspera desolación que terminó invadiendo a Palacio para siempre. Pero la presencia de Matilde en su vida no terminó derivando en ningún desprecio hacia ella; al final de cuentas no somos más que pajaritos que solo pueden aletear dentro de los límites de sus jaulas.

Otro aporte de mi ensayo –que finalmente terminará siendo un relato incluido en un libro de cuentos, mientras espero encontrar un editor para su publicación aquí en Guayaquil–, se encuentra en el poema *As de Corazones Yo y Mis Recuerdos* de Palacio, publicado en 1929, se puede intuir que la voz poética disfraza, en la figura de la madre, el anhelo insatisfecho de 1924: “ni si tus besos fueron dulces, yo solo tendido como un muerto”. Pero, sobre todo, es notoria la influencia y testimonio de su relación en el artículo *La propiedad de la mujer*, publicado en 1932, donde Palacio comenta irónicamente que las leyes del periodo liberal demostraron ser absolutamente conservadoras en puntos como el divorcio, o el adulterio, en el que la mujer que resultaba culpable de cargos podía ser tranquilamente asesinada por su esposo. Atroz destino que se les imponía a los dos pobres solitarios, errantes alucinados en sus vidas de dobles, arrojados en una carretera perdida, hasta caer en pico.

En 1924, Kafka, a pocos minutos de fallecer, le pidió a su médico que no se fuera, y el médico le dijo: “No, no me voy”. Pero la voz de Kafka, como si hubiera proferido de un túnel infinito, replicó: “Yo me voy”. Desde el sanatorio de Kierling se lo ve caminar por las calles enigmáticas de Quito, arrojando un bolo de lodo suburbano, a Pablo Palacio. Debido a la manía comparativa de los críticos, su vida y obra forman un extraño paralelismo con la del escritor de Praga, como si no importara que vivieran en planos distintos y en continentes diferentes, ambos sienten la misma desolación laberíntica.

Su vida, luego del erróneo desvío llamado Matilde, se recompuso momentáneamente, tal como los enfermos antes de la caída definitiva, cuando en un paseo por el parque Sangolquí, conoció a “la reina del mundo intelectual capitalino”, como diría Alejandro Carrión, la hermosísima Carmen Palacios Cevallos, en palabras de José De la Cuadra: “escultora y escultura”. El doble de una *feme fatale* como la actriz ruso-polaca Pola Negri; pero también de Teresa Willms Montt, de la Baronesa Elsa Greve, de la misma Matilde.

Palacio se casó y tuvo dos hijos con Carmen, el doble del padre, Pablito, y su hija, que nacería con retraso mental. Joyce hizo que Carl Jung atendiera a su hija de sus episodios esquizofrénicos. Carmen, gran lectora, actriz, escultora, esposa de admirar con lágrimas en los ojos, como diría Pedro Jorge Vera, el enamorado secreto no correspondido, hizo que todos los especialistas más importantes del país atendieran los episodios de desdoblamiento espiritual que sufrió sin cesar Palacio. El escritor maldito, perdido en nuestro país, como en una carretera perdida, vivió en

una casita de condiciones precarias en la esquina de Tulcán y la calle Nueve de Octubre, apoyado por la gentileza de los pocos colegas escritores que acudían a Carmen con alguna ayuda económica, en especial Pedro, quién jamás dejó de querer a su Carmencita.

Recuerdo cuando antes de partir de Guayaquil, recorrí la calle en la que Palacio pasó sus últimos momentos antes de ser internado en el sanatorio mental Lorenzo Ponce, y recuerdo que pensé en ese instante que Pablo Palacio le dijo: “No se vaya” al médico Ayala Cabanilla, a Matilde con su arsenal de dobles, a Kafka, a Pareja Diezcanseco, a Gil Gilbert, a Pedro Jorge Vera; o tal vez a mí, que soy el único que puede responder: “No, no me voy”, y juro que escuché, desde la profundidad abismal de un túnel laberíntico, su honda voz: “Yo me voy”.

Ese recuerdo me lleva directamente al día en que conocí a María en Barcelona; y también conocí el otro lado del espejo. Fue en uno de los tantos paseos nocturnos por el parque del *Laberint d’Horta*, donde nuestro camino se cruzó en los senderos bifurcados, y lo supimos en ese momento, tal vez yo no en ese momento, pero sí mi otro yo –ese que escribe un cuento sobre un escritor perdido en la producción de un ensayo en forma de novela–, y María. Acabamos haciendo el amor en mi departamento, el que ella abandonaría después, sin decirme nada, sin ningún motivo que se deba justificar, simplemente porque nos cansamos. Pero, bueno, la sensación de cansancio no es tan simple, la mayoría de las veces es pegajosa, y lo mínimo que necesitas es un refrescante baño o un tiro en medio de la boca.

Volviendo a la muerte de Palacio, no es tan cierto que su muerte sea así, definitiva. En el presente ya ni la muerte es definitiva. En este punto de mi relato tengo que manifestar que siento que Palacio podría muy bien explicarme a mí, por lo menos por este lapsus de tiempo atemporal, su poética de la destrucción. Podría explicarme qué se supone que soy. Eso rondaba por mi cabeza en mis últimos días en Barcelona.

Abandonado, con escasos recursos, un ensayo en forma de novela inconclusa, una tesis obligada pero imposible de culminar, y con el deseo de desaparecer disolviéndome en la vida de los otros, decidí dar un paseo hacia la calle El Escorial, donde hace dos años, apenas a un mes de haberme instalado, visité el departamento número 36 con la intención de dialogar con Leonardo Valencia, sin esperar encontrarme –con tremenda sorpresa para la que no me sentía nada preparado– en presencia del escritor sexagenario Enrique Vila-Matas. Mis intenciones estaban bien encaminadas por las gestiones de mi ex profesor de escritura creativa, Marcelo Báez Meza, quien se molestó en enviarle un correo desde EE. UU. a Valencia, informándole de mi posible visita. Además, estaba de intermedio mi lectura de *Luna Nómada* y su ensayo *El síndrome de Falcón*, que me obsequiara en aquellos tiempos.

Recuerdo que Vila-Matas y Valencia salían del departamento, y al encontrarme frente a ellos, no pude más que soltar la típica charlatanería del escritor primerizo, contándole a alguien que ya ha pasado de las cincuentas primaveras, su propia vida. Vila-Matas bromeó que ya estaba mucho con un loco que todos los días se ponía frente a la ventana de su departamento para

espiar su vida de escritor, y que Valencia había encontrado a su “Ayudante de Tormes”, luego nos dejó a solas para que podamos platicar, despidiéndose cariñosamente de Leonardo, y de mí con un saludo. El encuentro no duró mucho, unas breves palabras de interés, otras medidas por la diplomacia, y al final un aburrimiento disimulado por la cortesía. Era evidente que mi proyecto de ensayo no le había resultado lo suficientemente llamativo, mientras avanzaba en mi explicación, el interés en su rostro desaparecía paralelamente. Al final, supongo que, para evitar un momento desagradable en el día, Valencia decidió incluirme en un plan de estudios que dirigiría en la Universidad de Barcelona y, después todo, tomó su propio rumbo y se hundió en el fondo de una noche mediterránea, en un desvío erróneo.

Me acerqué al buzón del departamento de Valencia y deposité una pequeña irónica mención al aprecio que siento por su obra, y entonces me despedí de Valencia, de la adicción a la literatura, de la maestría de Barcelona, de María. Subí a un taxi –algo que nunca acostumbro, pues me gusta caminar, pero debido a las circunstancias en las que me encontraba, parecía salido de un antro clandestino para tristes opiómanos–, recliné la cabeza en el asiento trasero y dejé que, a través de las hendiduras de mis ojos, se introdujera el paisaje en movimiento, la saliva de la imagen pegajosa de Barcelona, ciudad de la que me despedí al día siguiente.

Empequeñecido y aterrado, después de que en esa misma noche soñara que era torturado hasta la muerte en el parque del *Laberint d’Horta* por un grupo de feministas militantes, descubriendo en sus rostros, asombrado y triste, los rostros de

Carmen Palacios, Matilde Hidalgo, Teresa Mills, Pola Negri, Elsa Greve, y el rostro de María que, dando inicio al festín, se comía mis ojos como un buitre.

Después de mi odisea fallida, sin título, sin dinero, con un ensayo en forma de novela infinita, reducido a una persona¹, volví a la ciudad donde nací y deambulé, buscando nada. Sin deseo alguno iba perdido por las calles de Guayaquil, andando como en una carretera perdida, olvidando amigos, familia, lugares conocidos, hasta que me detuve en un desvío y, de un paso a otro, terminé dirigiéndome a la Avenida nueve de octubre y Tulcán, a la casa de Palacio –ahora una cuadra llena de cadenas comerciales de zapatos–, y al lado de la casa de Palacio, al otro lado del espejo, se encontraba mi casa.

Sin muchas ganas, presintiendo la llegada de un final inacabable en mi vida, me paré en un lugar propicio para espiar. Miré por la ventana y, cómo explicar mi desconcierto, mi encuentro con la muerte, como diría Palacio. Doblado sobre su escritorio vi a un tipo que, por cosas que suceden, no podía ser nadie más que yo mismo: estaba escribiendo un cuento sobre un personaje que escribe un ensayo sobre los dobles.

¹ Persona, proviene del verbo latín personare, etimológicamente significa máscara: resonar a través de la máscara, resonar a través de los otros.

Bitácora de un sueño

María Isabel Burbano Muñoz

Si fuera un saco de box ¿me derrumbaría al primer golpe o resistiría hasta el final? Enseguida cerré los ojos pensando en las palabras que alguna vez me dijo Clara. Ambos estábamos acostados en el patio viendo las estrellas y, antes de contestarle, titubeé por un momento, pero de inmediato respondí con un tono seguro:

– Yo soy el boxeador, pero al mismo tiempo soy el saco. ¿No te das cuenta, acaso, el daño que me provoca el no ser capaz de seguir adelante?

– Te he dicho miles de veces que tú no tienes la culpa. Solo estuviste en el momento y lugar equivocado.

– Pero tú no sabes lo que se siente estar atrapado en este mundo de mierda, escuchando todo el tiempo que no eres suficiente, que las cosas que te gustan no encajen en ese espacio. Tu familia es perfecta, Clara. Te han aceptado todo, desde el pelo rosa chicle que llevas, hasta tu deseo de ser escritora. Mi familia piensa que mis sueños son un asco “¿cómo que vas a ser músico?”, dice mi tía Nora. “Ni una mierda, tú búscate un trabajo de verdad y no me jodas”.

Mamá y yo vivíamos con la tía Nora desde que tengo memoria. Julián, mi padre, abandonó a mamá cuando se enteró de su embarazo. Desde ese momento, todos en la familia se encargaron de recordarle la vergüenza de romper las reglas. Nora, mi

tía solterona, en cambio, me recordaría a cada momento el sufrimiento que le doy a mi madre con mi sola existencia.

Como mi tía Nora no le prestaba ni un centavo a mi mamá, ella aceptaba cualquier trabajo de medio tiempo para llevar el pan a la mesa y así, con las últimas energías que le quedaban, me acariciaba la frente. “Mijo”, decía “ya verás, me graduaré de enfermera y las cosas mejorarán”. Yo me hacía el dormido y le pedía al Dios más cercano que eso se cumpliera. Y sucedió, pero no nos mudamos porque mi tía le pidió a mamá que nos quedáramos. “Odio la soledad”, decía mi tía Nora.

Lucía, mi mamá, no notaba malicia en sus palabras y aceptó. Me dijo: “No podemos dejarla después de todo lo que ha hecho por nosotros”. Y es que la tía Nora no era mala, pero la vida, la soledad y el sufrimiento convirtieron su corazón en un palacio de invierno. Y al final, yo fui su saco de box.

A los catorce años ya tenía mi vida planeada. Sería una estrella, una estrella de rock. Esos pensamientos surgían en mi pequeña habitación, mientras las flores del papel tapiz se mezclaban con los posters de The Doors, Elvis, The Beatles, The Rolling Stones y David Bowie. En un concurso de talentos del tercer año de colegio canté “*Heroes*” vestido del alter ego más famoso de Bowie. Desde ese día todos me llamaron Ziggy.

Con el tiempo aprendí a tocar la guitarra y el piano con los cancioneros que encontraba en la librería de segunda mano del barrio. El dueño era un viejo que estaba llegando a los cincuenta años. Las anchas entradas se confundían con los pocos cabellos

negros de su coronilla. Habíamos entablado una extraña amistad. Él me hablaba de Nietzsche, mientras que yo le contaba sobre la música y mis sueños de ser cantante.

– ¿Así que quieres ser como Bowie? Es genial chico, yo también tenía sueños. Quería escribir como Bukowski, pero solo me quedé con su gusto por la cerveza– me dijo el último día que nos vimos, riéndose a carcajada limpia.

– ¿Tiene algún consejo para mí?– pregunté, esperanzado por encontrar un atisbo de sabiduría en el viejo.

– Mira niño, te voy a decir una cosa. A las personas como nosotros, unos pobres diablos, no nos queda más que vivir en un mundo donde todos existen–. Y eso hice, me puse a vivir.

Me fui de casa a los pocos días de esa conversación y decidí buscarme la vida. A los diecisiete años creía que el mundo estaba en la palma de mi mano. Pasaba las mañanas escribiendo canciones en una pequeña pensión y a las cinco de la tarde me dirigía al café-bar donde trabajaba las siguientes doce horas. Primero fui mesero, hasta que el dueño me oyó cantar y estuvo de acuerdo en que ocupara el piano empolvado de la esquina.

Antes de mi primera presentación tenía la firme convicción de que en la vida todo podía ser posible, pero al subir a ese pequeño escenario la bilis recorrió mi garganta. Me obligué a respirar, y toqué los primeros acordes de “*Just a woman to me*” de Billy Joel. Como diría Sinatra “lo hice a mi manera”. Al tocar la última nota cerré los ojos. Sentía cerca los abucheos, pero, al mismo tiempo, una tanda de aplausos me devolvió el alma al cuerpo.

Días después me armé de valentía y grabé mi primer demo con un cover de “*Let it be*”, que al parecer encantó a una disquera

importante. “Quiere traer lo clásico de vuelta”, decían. Para agosto ya tenía mi primer sencillo: “*Love stuff*”. No se me olvidaría jamás la sonrisa malvada del dueño al firmar mi contrato, como la de un lobo a punto de morder a un corderito.

Mi competencia era dura, casi nadie escuchaba *rock and roll*. El *pop* pegajoso y las bandas de chicos de cabello engominado dominaban la escena musical. De todas maneras, no era tan feo y ya estoy trayendo los años 70 de vuelta. Merezco un poco de crédito por eso, pasé de no tener nada a serlo todo. Me rodeé de amigos falsos y amores de una noche. Quería vivir, pero poco a poco terminé existiendo.

¿Qué hacer ahora? Intento separar la persona que soy de la persona que fui, pero no puedo. Los fantasmas del pasado transitan por los tejados del recuerdo impidiéndome seguir. Todos dicen: “Quiero ser como tú, eres mi ídolo”. ¿Qué saben ellos de mí? ¿Qué saben del chico magullado en una esquina, soltando lágrimas como gotas de rocío que iban a parar al pozo de la vergüenza que era mi alma?

No, ellos no me conocen, solo pueden ver el perfecto constructo a mi alrededor. Gente que adora a ídolos falsos: Kurt Cobain, John Lennon... y ahora a mí. Drenan mi espíritu muerto y dejan solo la carne inerte de mi cuerpo. Pero con el tiempo las drogas empiezan a hacer efecto y aquí voy de nuevo, camino hacia esa luz brillante al final del pasillo, lleno de delirios de grandeza. Escucho gritos. Una sonrisa cruza por mi rostro, pero se borra al instante porque, muy en el fondo, sé que jamás seré una estrella de rock.

Jinetes en la tormenta

Christian Chalén

- Mire si destellan las luces.
- No veo nada. Solo a lo lejos un haz de luna sobre los árboles.
- ¿Tiene frío?
- No, señor.
- ¡Entonces por qué tiembla!
- Es que se me salen las lágrimas de puro coraje. Recuerde que le dije que mejor nos fuéramos, pero usted se encabritó. Como palomo andaba por las faldas de la Anicia. Yo se lo advertí, estaba casada y que su marido era un matón, un hombre con la fatalidad escrita en la frente.
- Lo hecho, hecho está. No se queje. Pronto llegaremos a La Esperanza; hay un buen doctor ahí, verá que nos cura y, para quedar en paz con usted, le voy a regalar al Toro, ese potrillo manchado con el que tanto sueña.
- Necesito decirle algo, usted...
- ¡Calle! Que la fuerza se le va a ir por la boca. Yo no quiero cargar con la culpa de su muerte. Mire mejor si destellan las luces que usted va delante.
- No, señor. Yo no veo nada.
- Pero si estábamos cerca. La desgracia lo alarga todo. Un día de dolor es un año de amargura.

El viejo caballo transitaba lánguido entre las sombras y la soledad de la sabana. Cinco tiros les habían dado. Uno, por suerte, falló. Los otros cuatro se alojaron, casi exactos, en los mismos sitios de sus cuerpos.

– No se duerma. Está muy frío. Pero si se ve andando por un jardín no se preocupe, es que ya se murió.

– No tengo sueño. Usted verá, solo tengo sed, sed de un buen trago, y tristeza, siento tanta tristeza que empiezo a odiarlo, se lo digo con respeto.

– Déjese de respetos, si tiene que decirme algo no espere, aproveche que todavía no viene por nosotros la pálida. Pero antes, mire si destellan las luces.

– Ya le dije que no se ve nada, ni siquiera las candelillas volando.

– Qué extraño es. Seguro estoy de ir por la buena senda.

– Yo le quería decir que...

– No digas palabra. Seguro estoy de lo que va a reclamar; porque un reclamo es, ¿cierto? Así son ustedes los bastardos.

– Yo quiero decirle...

– ¿Que si la amaba? Yo qué sé. Era muy joven, buen mozo, si no era ella, cualquier otra pudo haber sido.

– ¿Ser qué?

– Tu madre. A cualquier otra podría haberle hecho una criatura. Todas querían conmigo para quedarse con algún trozo de mis fincas. Pero a todas se lo advertí. Yo no reconozco muchacho que no haya engendrado con la Luisa.

El viento de enero remecía los árboles que siempre estaban

distantes, inalcanzables en el horizonte, resguardados por un enorme mar de hierba.

– Nos hemos perdido, señor, extraviados estamos.

– Ni una palabra. Tú solo mira. Avísame cuando veas las luces.

– Al menos dígame que la quiso un poquito. Y que aquella noche en que la tuvo entre sus brazos, le pareció la mujer más linda del mundo.

Las nubes apagaron la luna. El cielo aparecía sin estrellas, igual que un jardín sin flores, igual que un río sin reflejos de sol esperando la tormenta.

– Éramos casi unos niños. Nos vimos y nos enamoramos. A ella no le importó mi fama de pendenciero y conquistador. “Qué me vas a conquistar tú ¿acaso soy tierra? Yo soy suya ahora porque me ha dado la gana, y si es pecado, que me perdone Dios”, me decía.

Miguel no preguntó nada más. Recostado en el pecho de su padre solo suspiraba, ya no tenía fiebre ni sudores.

– No te me mueras ahora. Ahora que me estoy arrepintiendo y empieza a llover. Ahora que veo tus cabellos negros igualitos a los míos, y que reconozco en ti a todas las demás que he abandonado. ¡Qué malo he sido!

A Nicomedes se le caen las lágrimas, aunque se había olvidado de llorar. El alma se le había hecho de hierro aquella mañana cuando murió su abuela. “Solito ahora sí me he quedado”, fue lo único que pronunció, y no quiso lamentarse nunca más.

– Señor...

– ¡Calla! Te juro que ya llegamos.

– Todavía no veo las luces. Pero, ¡qué importa morirme! Ahora puedo caminar feliz hacia el más allá sabiendo que lloró por este bastardo. Mire que me puse necio cuando me aconsejaron que no hiciera nada por usted, que no lo buscara, que me iba a rechazar. Por eso no me importó que me tratara peor que a sus peones, y que en vez de dormir en su casa, durmiera en el establo entre los caballos. Estaba cerca de usted y eso para mí era suficiente.

– Sí, hasta me saliste bueno. Seguro los otros serán iguales que tú. No merezco ni merecí nunca nada. Ni tu amor de hijo ni el cariño de tu madre. Sabes, yo la quería, pero ella me quería más. Y en esto del amor el que más ama es el que se queda ciego y lleno de sufrimiento.

– Mire señor, las luces, y hay mucha gente también.

– ¿Dónde, Miguel? ¿Dónde? Que yo no veo nada.

– Ahí mismo. Tras los árboles. Si hasta nos hacen de la mano.

– Ya imaginas, Miguel, deliras. Eso es que ya te me vas.

– No, señor, fíjese bien. Hasta me llaman por mi nombre.

La agonía en el pecho de Nicomedes se hizo insoportable. Apretó las muelas y respiró hondo, y el dolor sin más misterio desapareció.

– Tenías razón Miguel, ya veo también las luces. Me hacen de la mano, si hasta creo que conozco a algunos. “Nicomedes, bienvenido”, me gritan. ¡Qué gente para más hospitalaria!

– Sí, señor.

– Y qué es lo que me querías decir tanto, Miguel.

– Ya no importa, pero verá. El marido de Anicia no falló, ese matón nunca ha fallado en su vida. Al quinto tiro que hizo yo lo cubrí a usted. Nadie se dio cuenta, pero el desgraciado me hirió de muerte, justo aquí al lado del corazón. Yo me morí desde que usted me sintió frío.

– Por eso nunca vimos las luces, ¿verdad? Y lo que ahora miramos es el cielo, el infierno, o las dos cosas. Me llaman por mi nombre, Miguel, escucha, eso significa que yo también he muerto.

– Sí, yo se lo dije. – Miguel sollozó entero de angustia– Nunca tuvimos que ir a la cantina de Lupita.

– Qué más da, hijo, si ya no estamos solos; si después de la tormenta hemos llegado juntos donde destellan las luces.



Una publicación de la Universidad de las Artes del Ecuador bajo el sello editorial Hipopótamo Edición & Creación, nacido dentro de la materia Edición y publicación literaria I y II, de la Escuela de Literatura. Se terminó de imprimir en Imprenta Mariscal en noviembre de 2018, 150 ejemplares.

